



Universidad
Nacional
de Rosario

Facultad de Ciencia Política y
Relaciones Internacionales

**“TENSIONES ENTRE DEMOCRACIA
Y CAPITALISMO EN EL
NEOLIBERALISMO DEL SIGLO XXI”**

Tesina de grado

Autora: María Mercedes Martinelli

Director: Dr. Gastón Souroujon

Codirectora: Victoria Sofía Miño

Octubre 2025

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es una expresión posibilitada gracias a quienes son parte fundamental de mi vida: mis hermanos, mis amigos y mi familia. Menciones especiales para Emilia, Rocío, Agos, la Negra, Julia, Rama, Juan y Alvi.

Este trabajo nace también de las preguntas que me fueron surgiendo desde que ingresé a esta casa de estudios; muchas de las cuales continúan aún sin respuesta. Preguntas que no me habría hecho de no ser por mis compañeros de militancia. Gracias a todos ellos por enseñarme el valor de lo colectivo.

Agradezco también a Gastón y Victoria, por orientarme y por el tiempo dedicado.

Por último, quiero agradecer a la Universidad Nacional de Rosario, por hacerme quien soy hoy.

RESUMEN.....	4
INTRODUCCIÓN.....	5
1. El fracaso de globalización neoliberal.....	9
2. La reacción cultural contra las elites.....	11
3. El desgaste institucional y la erosión desde adentro.....	14
4. Capitalismo, Democracia y sus tensiones en el Neoliberalismo contemporáneo.....	16
CAPÍTULO I. NEOLIBERALISMO: EL ORDEN DE LA DESIGUALDAD.....	19
1. Los orígenes intelectuales del neoliberalismo.....	19
2. La institucionalización del pensamiento neoliberal.....	23
3. Estado fuerte y mercado libre: el neoliberalismo como sistema de poder.....	26
4. Del Estado benefactor al Estado neoliberal: el aumento de la desigualdad.....	28
5. Estructura de la desigualdad.....	38
6. La democracia liberal ante el desafío de la igualdad.....	39
CAPÍTULO II. LA RACIONALIDAD NEOLIBERAL.....	43
1. Una nueva racionalidad política: la reprogramación del liberalismo.....	44
2. La generalización del principio de competencia.....	48
3. La reconfiguración neoliberal de los principios democráticos.....	50
4. El ataque a lo social y la erosión de lo común.....	53
5. Neoliberalismo por abajo.....	57
6. Despolitizar lo común.....	59
COMENTARIOS FINALES.....	60
REFERENCIAS.....	63

RESUMEN

Este trabajo se pregunta por las causas que explican la erosión de las democracias contemporáneas. Parte de la hipótesis de que este proceso no puede comprenderse sin atender a la tensión estructural entre Democracia y Capitalismo en su configuración neoliberal actual. El objetivo central es examinar cómo las dinámicas neoliberales configuran un sistema de poder que socava las bases materiales y subjetivas necesarias para la reproducción democrática.

Para abordar este fenómeno, analizaremos dos dimensiones complementarias del neoliberalismo. En primer lugar, se estudia el neoliberalismo como sistema institucional que, al modificar el patrón de acumulación, promueve la financiarización de la economía, debilita las instituciones del Estado de bienestar y profundiza las desigualdades, socavando la soberanía popular. En segundo lugar, se lo explora como racionalidad que extiende la lógica de competencia a todas las esferas de la vida, produciendo subjetividades que debilitan la solidaridad colectiva y el compromiso con la vida democrática.

PALABRAS CLAVE

Democracia - Neoliberalismo - Igualdad

INTRODUCCIÓN

Antes de la llamada tercera ola de democratización, iniciada a mediados de los años 70, gran parte del mundo vivía bajo regímenes no democráticos. Dictaduras militares en América Latina, sistemas de partido único en Europa del Este y regímenes autoritarios en África y Asia, configuraban un escenario político dominado por la concentración del poder, la represión de las libertades civiles y la exclusión de vastos sectores sociales de los procesos de decisión colectiva. El último cuarto del siglo XX fue testigo del comienzo de un nuevo proceso de democratización a escala global, que Samuel P. Huntington (1991) denominó *la tercera ola*.

Cuando este proceso comenzó en el sur de Europa, solo alrededor del 30% de todos los Estados del mundo eran democracias y dentro de estas apenas el 22% calificaba como democracias liberales (Diamond, 2020). Sin embargo, a diferencia de las anteriores, la tercera ola dejó tras de sí en casi todos los países, una democracia liberal¹. Se trata de regímenes caracterizados por altos niveles de competencia electoral (el pueblo puede elegir y ser elegido para reemplazar a sus líderes en elecciones regulares, libres y justas), una sólida protección de las libertades civiles (libertad de prensa, expresión, asociación, reunión y religión, además del trato justo a las minorías raciales y culturales) y un Estado de derecho razonablemente fuerte (imperio e igualdad ante la ley, poder judicial independiente y controles internos que impidan la corrupción) (Diamond, 2019).

Ubicamos el inicio de la tercera ola en 1974, con la Revolución de los Claveles en Portugal. Por esos mismos años comenzaron las transiciones democráticas en Grecia (1974) y España (1975). A su vez, hacia finales de los años setenta, América Latina fue dejando atrás los regímenes autoritarios con las transiciones democráticas que se sucedieron en todo el continente. En Asia, la ola se extendió a Filipinas y Taiwán (1986), Corea del Sur (1987) y Tailandia (1988). Poco después, se registraron procesos de liberalización en el sur de Asia: Pakistán, Bangladesh y Nepal. Finalmente, con el fin de la Guerra Fría se desencadenaron

¹ Para hacer esta afirmación, Diamond se apoya en los índices construidos por la organización Freedom House, que relevan distintos indicadores en lo que concierne a derechos políticos y libertades civiles. Dentro de los primeros encontramos indicadores acerca del proceso electoral, el pluralismo, la participación política y las funciones del gobierno: quien determina las políticas y salvaguardas contra la corrupción y transparencia. Por el lado de las libertades civiles, la organización observa las libertades de culto y expresión, los derechos de organización y asociación, el imperio de la ley y algunos derechos de autonomía individual. En base a estos datos, se hace una escala del 1 al 100 en lo que hace a la calidad democrática y se pondera en ella a los distintos países según el puntaje que hayan obtenido en cada uno de estos indicadores.

transiciones democráticas y aperturas políticas en Europa Central y Oriental, en los antiguos Estados soviéticos y en el África subsahariana.

Este proceso de democratización no puede pensarse sin tener en cuenta el nuevo paradigma económico que también estaba redefiniendo el orden mundial. Desde finales de la década de 1970, las dictaduras militares, principalmente en Chile y Argentina, fueron laboratorios de políticas neoliberales: liberalización financiera y comercial, reducción del gasto público, principalmente en materia social, y privatización de empresas estatales. Además, estos golpes militares -respaldados por grandes sectores de las clases altas tradicionales y por el gobierno estadounidense- desplegaron una “represión salvaje de todos los vínculos de solidaridad instaurados en el seno de la fuerza de trabajo y de los movimientos sociales urbanos que tanto habían amenazado su poder” (Harvey, 2005, p. 46).

Sin embargo, si bien las primeras experiencias neoliberales se implementaron bajo regímenes autoritarios, fue con el cambio de rumbo consolidado por Estados Unidos en la década de 1980 cuando comenzó a afianzarse su asociación con la democracia liberal bajo los gobiernos de Margaret Thatcher, primera ministra del Reino Unido, y Ronald Reagan, presidente de los Estados Unidos².

Con la disolución de la Unión Soviética y la consolidación de la hegemonía de los Estados Unidos se fortaleció la idea de que no existían alternativas viables a este modelo democrático-liberal y de libre mercado, como lo expresó Francis Fukuyama (1992). De esta forma se logró configurar un nuevo orden mundial que descansaba sobre dos pilares fundamentales: la consagración de un modelo político centrado en las instituciones democráticas liberales y el afianzamiento del capitalismo neoliberal de la mano de la globalización³. Como explica Juan Tovar (2011), los organismos internacionales comenzaron a imponer una nueva legitimidad asentada sobre la base de dichos valores, que pasaron a ser los estándares de referencia para los países que aspiraban a insertarse en organismos y/o acceder a ayuda internacional.

Con el paso del tiempo los procesos de liberalización no necesariamente siguieron una trayectoria homogénea y a partir de los años 2000 diversos estudios marcaron un cambio de

² En 1982, el presidente Reagan pronunció un discurso ante el parlamento británico donde delineó su visión del orden global por venir, signado por una “Revolución democrática” que estaba ganando fuerza a lo largo y ancho del globo. El mismo país que años atrás había promovido la instauración de dictaduras militares en países latinoamericanos, ahora planteaba que el momento democrático había llegado y reivindicaba la necesidad de cooperación entre las democracias del mundo.

³ Como señala Robinson (2008), la globalización puede entenderse como la fase en la que el capital logra liberarse de los límites de acumulación que le imponían los Estado-nación, consolidando su alcance transnacional y generando circuitos globales de producción, comercio y finanzas.

tendencia. Puntualmente, desde 2006 y hasta la actualidad, se observan procesos de *erosión democrática*. Retomamos este concepto de José del Tronco y Alejandro Monsiváis Carrillo (2020), ya que hace referencia a distintas dinámicas de desdemocratización: “cambios graduales en la calidad de la democracia que pueden (o no) modificar la naturaleza del régimen, así como transformaciones abruptas o sistemáticas que convierten a las democracias en regímenes autoritarios” (del Tronco & Monsiváis Carrillo, 2020, párr. 23). Si bien, debido a las particularidades regionales no existe un consenso sobre cómo denominar estos fenómenos, el concepto de erosión busca ser abarcativo y permite comprender que el deterioro de los atributos democráticos se puede manifestar de diferentes maneras.

Si bien los conceptos de recesión o regresión se encuentran muy difundidos, entendemos que presuponen una trayectoria lineal del desarrollo democrático cuyo horizonte normativo sería la democracia liberal. En este sentido, el retroceso es un tipo específico de erosión que implica la pérdida de determinados atributos que hacen al modelo liberal representativo. En contraste, el concepto de erosión resulta más adecuado ya que, incorpora otras formas de desdemocratización como la dimensión relativa a la capacidad gubernamental de responder a las demandas ciudadanas, aspecto que consideramos central para los fines de este trabajo.

En este sentido, los procesos de des-democratización pueden ser producto tanto de la pérdida de las características liberales mencionadas anteriormente (libertades civiles, derechos políticos o destrucción de las instancias de control por parte del gobierno), como de fenómenos denominados “erosión por debilitamiento” (del Tronco & Monsiváis Carrillo, 2020, párr. 25). Son casos donde los regímenes no necesariamente se vuelven autocráticos ni autoritarios sino que es la “acción de agentes no gubernamentales que limitan la gobernabilidad e inhiben la capacidad de los gobiernos para resolver problemas públicos y satisfacer demandas ciudadanas” (del Tronco & Monsiváis Carrillo, 2020, párr. 24) lo que va vaciando el contenido de la democracia. Esto genera un progresivo desinterés de la ciudadanía por participar activamente, en la medida en que percibe que dicha participación pierde sentido.

Lo novedoso de estos fenómenos es que se extienden no solo a regiones con una corta tradición democrática, sino también a países con una amplia tradición institucional. En este sentido, son numerosas las democracias consolidadas que enfrentaron y aún hoy enfrentan desafíos que ponen en cuestión no solo su calidad institucional, sino su propia legitimidad.

Los procesos de desafección ciudadana, el debilitamiento de los partidos políticos, la concentración mediática, la expansión de discursos autoritarios y la verticalización del poder

reabren debates sobre la naturaleza de los regímenes democráticos en el siglo XXI. Quizá el rasgo más distintivo del periodo actual sea el protagonismo que adquirieron las ultraderechas en la escena política, especialmente en las democracias occidentales, superando el lugar marginal que ocuparon históricamente⁴. Siguiendo a Cas Mudde (2021), al hablar de ultraderecha hacemos referencia a dos subgrupos -extrema derecha y derecha radical- que a pesar de sus heterogeneidades, comparten sus preocupaciones principales en torno a “la inmigración, la seguridad, la corrupción y la política exterior” (p. 92). A su vez, el principal punto de diferenciación entre ambos grupos es su visión de la democracia. Mientras que la derecha radical acepta la democracia pero cuestionando ciertas instituciones y valores de la democracia liberal, la extrema derecha la rechaza en su esencia misma, objetando las ideas de la igualdad política y del gobierno por mayoría popular (Mudde, 2021).

El avance de estas expresiones políticas junto con las dinámicas señaladas anteriormente, ha llevado a numerosos investigadores a indagar en las causas de la erosión democrática. Agrupamos las principales explicaciones en tres grandes líneas: una que señala el fracaso de la fusión neoliberalismo-democracia como proyecto de desarrollo de la mano de la globalización; otra que pone el foco en la reacción cultural y el malestar con las elites; y una tercera que advierte sobre la incapacidad del sistema institucional para contener el avance de líderes antidemocráticos.

Estas explicaciones nos brindan argumentos sólidos y atendibles. No obstante, creemos que por sí solas no bastan para comprender el fenómeno que buscamos estudiar en toda su complejidad. En este trabajo partimos de un supuesto central: la erosión democrática no puede comprenderse sin atender a la tensión estructural entre la Democracia y el Capitalismo en su versión neoliberal actual. Lejos de tratarse de procesos independientes, entendemos que el neoliberalismo configura un sistema de poder que erosiona las bases materiales y culturales necesarias para la reproducción democrática. A partir de este supuesto, el objetivo de este trabajo es analizar de qué manera las dinámicas neoliberales erosionan la democracia.

Si bien partimos de estos supuestos, consideramos necesario revisar los principales enfoques que han buscado explicar la erosión democrática de las últimas décadas. Estos marcos interpretativos no son excluyentes de nuestra perspectiva sino que ofrecen

⁴ Ejemplos de este ascenso abundan: el Frente Nacional de Marine Le Pen en Francia, Vox en España, Fratelli d'Italia liderado por Giorgia Meloni en Italia, el partido de la Libertad de Austria (FPÖ), la Alternative für Deutschland (AfD) en Alemania, el Partido por la Libertad en Países Bajos, el partido Ley y Justicia en Polonia, así como los liderazgos de Viktor Orbán en Hungría, Donald Trump en Estados Unidos, Jair Bolsonaro en Brasil y Javier Milei en Argentina.

dimensiones valiosas para comprender estos procesos; no sólo porque han nutrido buena parte del debate académico, sino porque iluminan distintos aspectos de un fenómeno complejo.

1. El fracaso de globalización neoliberal

En el marco de la alianza que describimos anteriormente entre el ideal democrático y la concepción neoliberal del desarrollo, abundan los estudios que explican el declive del primero a partir del malestar generado por los cambios que impulsó la globalización y los avances tecnológicos profundizados desde la década de los noventa. El triunfo del fundamentalismo del mercado buscó reconfigurar las funciones estatales bajo un nuevo relato que presentaba la lógica mercantil como el mejor asignador de recursos y, por lo tanto, como el mecanismo más eficiente para garantizar bienestar, crecimiento y libertad. Esto se tradujo en la reducción de la intervención estatal, la liberalización financiera, la apertura comercial y las privatizaciones, transformaciones que fueron acompañadas por una profunda reestructuración productiva. Como explica Iglesias (2016), el paso del modelo fordista al posfordista fragmentó las cadenas globales de valor, dispersó geográficamente las etapas de producción, y extendió la precariedad como modalidad central de trabajo.

La transnacionalización de grandes empresas y la segmentación de las cadenas globales de valor, provocaron procesos de desindustrialización que generaron el desplazamiento de puestos de trabajo a países cuyos costos laborales eran menores (Iglesias, 2016). A esto se le sumó la revolución tecnológica, la cual “aumenta la productividad, pero también reduce empleo en el corto plazo, sobre todo el rutinario que no requiere de una alta cualificación” (Iglesias, 2016, p. 5). Las alternativas laborales que emergen -en general relacionadas con las nuevas plataformas y apps- no logran garantizar la estabilidad laboral que ofrecía el trabajo formal. De esta forma se fueron generando bolsas de desempleados que, lejos de encontrar trabajo rápidamente en otros sectores, se vieron excluidos del mercado laboral. Son los llamados “perdedores de la globalización”, en su mayoría trabajadores poco cualificados de los países occidentales, que al no poder adaptarse a la nueva realidad económica y global y percibir que el Estado no les ayuda lo suficiente, “optan por dar su apoyo a quienes prometen protegerlos cerrando las fronteras” (Iglesias, 2016, p. 2).

Estas transformaciones productivas y laborales que acompañaron la globalización, modificaron las bases sociales de legitimación del sistema ya que la agenda de la globalización fue “redactada por y para las grandes empresas multinacionales, a expensas de los trabajadores y ciudadanos comunes del mundo” (Stiglitz, 2017, p. 1). Mientras amplios

sectores empresariales y financieros se benefician de la apertura global, vastos grupos experimentan una pérdida del poder adquisitivo, estabilidad y expectativas de progreso. Este proceso quedó de manifiesto luego de la crisis del 2008 que comenzó en Estados Unidos, como consecuencia de una burbuja inmobiliaria en una economía desregulada (Stiglitz, 2010), pero rápidamente se extendió a escala global. Esta crisis funcionó como un parteaguas en el consenso globalizador que reinaba principalmente en Occidente.

Quienes gobernaban el sistema económico mundial se preocuparon más por preservar a los bancos occidentales y entidades financieras que habían prestado dinero que por proteger las vidas y los ingresos de la población de las naciones afectadas por la crisis (Stiglitz, 2010). Como señala David Harvey (2011), mientras los gobiernos decidieron intervenir para rescatar a los bancos y entidades responsables, amplios sectores de la población perdieron empleos, viviendas y ahorros. Las políticas de austeridad aplicadas en los años siguientes profundizaron el desempleo, el endeudamiento privado y la precarización laboral, dejando al descubierto que los sectores más ricos no serían castigados y exponiendo la desigualdad de nuestras sociedades (Runciman, 2019). Las élites financieras y corporativas lograron socializar sus pérdidas mientras que las clases medias y trabajadoras soportaron el ajuste para sostener el sistema. Con ello, la narrativa liberal como garantía de estabilidad y progreso comenzó a resquebrajarse, dejando de manifiesto el protagonismo de los gobiernos dentro de la reestructuración del sistema económico (Stiglitz, 2010).

En este sentido, autores como Gerard Duménil y Dominique Lévy (2011) señalan que la crisis reveló el carácter insostenible de la estrategia, conduciendo a lo que podría denominarse como *la crisis del neoliberalismo* ya que las promesas del mismo y la naturalización de la lógica de mercado se revelaron como falsas (pp. 1, 9.). En este marco, diversos análisis indican que los cambios asociados a la globalización propiciaron la aparición de actores capaces de canalizar ese malestar. Como sintetiza Traverso (2021), si la globalización propugna movilidad de capitales, de personas y libertad de comercio, es entendible que el descontento con la misma prepare el terreno para la emergencia de ultraderechas que recogen los reclamos de “los perdedores”: mayor proteccionismo, estabilidad laboral y levantar barreras nacionales y xenófobas ante la llegada de inmigrantes desplazados.

El malestar reinante en Occidente contrasta con algunas regiones asiáticas emergentes donde, desde el último cuarto del siglo XX, se consolidaron modelos de desarrollo liderados por Estados no democráticos como China y Corea del Sur. Kulfas (2025) plantea que estos países lograron resultados significativos en términos de crecimiento económico,

industrialización, y reducción de la pobreza, lo que puso en tensión el supuesto vínculo entre la democracia liberal, el libre mercado y el desarrollo.

El caso Chino resulta paradigmático ya que en 1945 era uno de los países más pobres del mundo y desde entonces, su PBI creció de forma sostenida con tasas anuales promedio que van desde 8,3% a 11,5%. Entre 1990 y 2023, aproximadamente 1.300 millones de personas salieron de la extrema pobreza en el mundo; el 81% de dicha población corresponde a China e India. Paralelamente, el nivel de vida de las clases medias en los países desarrollados se estancó mientras se produjo un aumento pronunciado en los percentiles más ricos, reflejando el auge de ingresos de la élite económica global (Kulfas, 2025). Es decir que mientras millones en Asia salían de la pobreza, las clases medias occidentales se estancaron a la par de la concentración económica de las elites globales.

Otra cuestión a resaltar, para entender el relativo malestar que trajo aparejada la globalización en Occidente, es cómo impactan los resultados de desarrollo de estas economías en la población. Ya que si bien el nivel de ingresos de un ciudadano europeo o estadounidense medio sigue siendo mayor que el de su equivalente en China, las expectativas sociales son muy distintas. El ciudadano chino vive mejor que sus padres o abuelos, y confía en que sus hijos también lo harán; en cambio, en Occidente, la tendencia apunta en otra dirección (Kulfas, 2025).

En última instancia, estos casos tensionan el núcleo del relato que se consolidó bajo la hegemonía estadounidense en los años 90: que el desarrollo solo es posible bajo el modelo político liberal y de libre mercado. Mientras en numerosos países occidentales la reducción del Estado benefactor, impulsado por el fundamentalismo del mercado, deriva en una crisis de gran escala y en creciente insatisfacción social, algunas economías asiáticas demuestran que el Estado puede desempeñar un rol activo en la planificación del desarrollo, sin necesariamente adoptar el modelo político liberal. Frente a estos fenómenos, el paradigma que articuló democracia liberal y globalización como la única vía posible pierde legitimidad.

2. La reacción cultural contra las elites

Existe un conjunto de enfoques que explican el retroceso democrático a partir de las dimensiones culturales e identitarias. El inicio del siglo XXI estuvo marcado por tres grandes crisis para las democracias occidentales que sacudieron con fuerza el statu quo nacional e internacional (Mudde, 2021). Estos eventos -el 11-S, la gran recesión de 2008 y la crisis de refugiados de 2015- sumados a los cambios que se están sucediendo en materia laboral,

comunicacional y tecnológica en un mundo cada vez más globalizado, generan un clima de inseguridad generalizado.

Desde esta perspectiva, la clave está en las transformaciones culturales profundas que han reconfigurado valores, jerarquías y modos de vida, generando en amplios sectores sociales la sensación de que el mundo que conocían está desapareciendo (Forti, 2021). A partir de ello, emerge un sentimiento de amenaza identitaria que abre una ventana de oportunidad política para que expresiones reaccionarias adquieran centralidad en el debate público⁵.

Los grandes shocks que vivió la población profundizaron las incertidumbres provocadas en torno a las transformaciones que trajo aparejado un mundo cada vez más interconectado y diverso. Sin embargo, es importante destacar que la insatisfacción social a la que aluden estas corrientes, no se relaciona necesariamente con la cuestión económica ni de clase, sino que está anclada en dimensiones culturales, geográficas y simbólicas que alimentan una sensación de privación. Este escenario abrió paso a una polarización cada vez más marcada articulada en torno a un clivaje cultural. De un lado, sectores cosmopolitas, que se vieron beneficiados con la globalización y abrazan valores que Norris (2019) denomina posmaterialistas, es decir, aquellos asociados a la libre elección y la autoexpresión individual. Del otro, sectores que se perciben relegados de esos procesos. Muchos de ellos identificados con valores tradicionales -relacionados con la fe, la familia, la etnicidad y la nación- que perciben amenazada su identidad y posición social al ver que sus referencias culturales han dejado de ocupar un lugar central, especialmente entre las elites culturales. La incertidumbre resultante de esa pérdida, al no poder reconocer las propias identidades en los valores predominantes del presente, alimenta reacciones defensivas (Iglesias, 2016).

Como sintetiza Ravelli (2019, citado en Forti, 2021), estas percepciones se expresan en distintas clases sociales donde aparece la percepción de haber perdido algo: una parte de la renta, sin importar que tan alta fuese, estatus social, reconocimiento, respeto por la propia fe, etc. Estas sensaciones de privación relativa demuestran, según el autor, que el vínculo entre la estabilidad política y la situación económica es más complejo de lo que se suele pensar ya que no siempre son los más pobres de una sociedad los que se rebelan contra el sistema

⁵ No es que dichas expresiones no existieran antes, por el contrario siempre han estado presentes en Occidente. Sin embargo, la xenofobia y el racismo se mantenían como políticamente incorrectas desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El impacto del aumento de la inmigración en las últimas décadas contribuyó a que estas expresiones encontraran un cauce, y frente al avance del multiculturalismo ganaron terreno recetas que prometían proteger la “identidad nacional” y frenar el proceso de multiculturalización (Iglesias, 2016).

(Forti, 2021). En cambio, los que más tienen que temer son las personas “que todavía viven en una situación de confort material, pero en cuyos grupos de referencia ha cundido el miedo a que el futuro no les sea propicio” (Mounk, 2018, p. 164).

El sentimiento de despojo se canaliza hacia distintos colectivos que se convierten en blanco de hostilidad. Como señala Revelli (2017) no se trata tanto de la sensación de haber perdido algo como de la de estar privado de ello. El autor lo sintetiza al enumerar los sujetos sobre los que se proyecta ese malestar:

Las elites, los poderes financieros, los bancos, el pantano de Washington, los gais y las lesbianas, los transgénero, las estrellas de Hollywood derrochadoras, los latinos que comen en sus jardines, los negros que dejan las botellas vacías en las calles, los musulmanes que tienen más fe que ellos, los jeques árabes que se compran sus ciudades y financian los asesinos. (Revelli, 2017, p. 73, 64-65)

Es pertinente destacar que al hablar de estas corrientes existen matices nacionales que son necesarios tener en cuenta para comprender los fenómenos en su complejidad. Las cuestiones del terrorismo o las problemáticas asociadas a la inmigración no tienen el mismo asidero en los países del sur como en los países desarrollados. Pero, lo que sí se manifiesta de forma más generalizada es el fenómeno que Revelli (2017) denomina “revuelta de las periferias”. Una especie de rencoroso desapego y hostilidad hacia las élites de gobierno, los actores institucionales y agregamos, las universidades, los medios de comunicación -y toda la hegemonía cultural que se articula en torno a las democracias liberales- por parte de los que se sienten olvidados y tienen la percepción de haber caído fuera del relato colectivo (Marco Revelli 2017, citado en Forti, 2021).

Sobre este terreno de resentimiento y desencanto con las elites, el antiprogresismo encuentra una vía de expresión, canalizada en el ascenso de líderes que se plantean como *outsiders* o *anti establishment* y se presentan como defensores de una identidad propia amenazada por lo otro, lo ajeno; independientemente de la forma que adopte el contenido de esta amenaza en cada región. Estos liderazgos se apalancan en la confrontación entre las distintas visiones y se alimentan de dicha narrativa para proponer una restauración, volviéndose capaces de canalizar el malestar social profundo y creciente en la sociedad occidental contemporánea. Como señala Wendy Brown (2020), las nuevas derechas prometen una especie de restauración conservadora donde los valores que se creen desplazados vuelvan al centro; se trata de la vuelta a un pasado glorioso que atrae a todos aquellos que por una u

otra razón se sienten relegados en el mundo actual⁶. Los slogans como “Make America Great Again”, “Take back control” en relación al Brexit, y “La France pour les Français” de Le Pen y el Frente Nacional revelan para la autora la promesa que hacen estos líderes. Se genera una valorización de la moralidad tradicional que se contraponen a un progresismo cultural que se presenta como elitista y alejado de las mayorías.

3. *El desgaste institucional y la erosión desde adentro*

Por último, una serie de enfoques se sitúan en el plano institucional, poniendo el foco en las nuevas dinámicas que presentan algunos tipos de erosión democrática contemporánea.

Luego del fin de la Guerra Fría se terminó de asentar un amplio consenso en torno a la centralidad de las elecciones, desplazando los golpes militares, frecuentes en buena parte del siglo XX, como mecanismo de interrupción del orden constitucional. Como consecuencia, en este nuevo siglo la erosión de la democracia adopta características diferentes a las propias del siglo pasado. Estas nuevas dinámicas generan que ya no sea necesaria la implantación de regímenes militares, la inmediata destrucción del Estado de derecho o el fin del sistema representativo de gobierno, sino que se llevan adelante procesos que no necesariamente atentan contra la constitucionalidad y otras instituciones nominalmente democráticas que continúan vigentes: la población sigue yendo a votar y las instituciones siguen funcionando (Levitsky y Ziblatt, 2018).

En este marco, las nuevas formaciones de ultraderecha han entendido que es más efectivo ir dejando de lado paulatinamente las premisas que sostienen los órdenes democráticos, mientras utilizan el sufragio universal y la alternancia en el poder para mantener una fachada que los legitime. Es el mantenimiento de esta formalidad lo que dificulta identificarlos como amenazas. Como señala Runciman (2019), estábamos acostumbrados a que el derrumbe de las democracias adquiriera una forma espectacular, pero hoy ya no se requiere de tanques ni de soldados ni de detenciones: “La democracia ya no termina con un bang [...], sino con un leve quejido” (Levitsky y Ziblatt, 2018, p. 1). El deterioro se da de forma prácticamente imperceptible a partir de “el uso de mecanismos legales existentes en regímenes con credenciales democráticas favorables con fines antidemocráticos” (Przeworski, 2022, p. 37).

⁶ “A todos los estadounidenses, en todas las ciudades escuchen esto: nunca más volverán a ser ignorados. Su voz, su esperanza y sueños van a definir nuestro destino estadounidense”. Donald J. Trump, *Discurso inaugural*, 20 de enero de 2017 [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=1CFw826c9XM> [traducción propia].

En consecuencia, estas formaciones híbridas escapan a una clasificación clara: ya no son plenamente democráticas pero tampoco se reconocen abiertamente como autoritarias, de ahí la dificultad en captar conceptualmente esta realidad. En esta nueva dinámica se complementa la incapacidad o inacción de las instituciones para actuar de contrapeso junto con la emergencia de líderes o gobiernos que van autocratizando la forma de gobierno, de manera que “las asambleas cada vez tienen menos relevancia, a medida que el parlamento va quedando progresivamente relegado al papel de cámara de registro de las decisiones tomadas por el ejecutivo” (Bovero, 2023, p.15) y el sufragio universal se limita a que “el 'pueblo' decide quién será el autócrata por un cierto período” (Bovero, 2023, p. 18)⁷. A su vez, la debilidad de los actores centrales como los partidos políticos, la prensa o el poder judicial para cumplir sus funciones de control contribuyen a este proceso de vaciamiento de la democracia desde dentro del propio entramado institucional. De allí que diversos investigadores observan que muchas de las medidas que van subvirtiendo el orden democrático son convalidadas por las mismas asambleas legislativas o tribunales, otorgándoles carácter de legitimidad⁸.

Además, estas nuevas formaciones utilizan estrategias que tienen que ver con centrarse en la “batalla cultural” y generar un rechazo hacia la democracia liberal por no ser lo suficiente democrática en tanto no satisface las necesidades del pueblo -crítica que es atendible pero en muchas ocasiones no deja de ser una fachada para implementar políticas autoritarias-. En este sentido, buscan polarizar a la sociedad, fomentando la opinión pública hacia la ultraderecha, un objetivo que es a su vez facilitado por la utilización de las redes sociales (Forti, 2021).

En síntesis, las explicaciones que centran el declive en la cuestión institucional, indican la combinación de liderazgos fuertes, partidos debilitados y controles ineficaces

⁷ Este tipo de dinámicas se observa, por ejemplo, en Argentina con la aprobación de la denominada *Ley Bases y Puntos de Partida para la Libertad de los Argentinos* en junio del 2024. La norma, que originalmente contenía más de 600 artículos, fue enviada por el poder ejecutivo y discutida en pocos meses por ambas cámaras del congreso nacional, otorgando al presidente amplias facultades extraordinarias en diversas materias -administrativa, económica, financiera y energética. De esta forma, se consolidó una concentración de poder en el ejecutivo dentro del marco formal de la legalidad parlamentaria.

⁸ En este mismo sentido, el *Decreto de Necesidad y Urgencia (DNU) 70/2023*, emitido el primer mes de gobierno del presidente y que contiene más de 300 artículos, sobre el cual la Corte Suprema de Justicia Nacional todavía no se expidió, a pesar de que fue requerida a hacerlo, ha permitido en la práctica la continuidad de medidas desregulatorias dispuestas por el decreto, sin discusión ni intervención del Congreso.

permiten el avance de proyectos autoritarios que sin perder la apariencia democrática, la despojan de su contenido.

4. *Capitalismo, Democracia y sus tensiones en el Neoliberalismo contemporáneo*

Analizados los distintos enfoques que buscan explicar los procesos ocurridos en las últimas décadas, sostenemos que el análisis de la erosión democrática debe contemplar la dimensión sustantiva de la misma, ya que el no hacerlo implicaría abordar la cuestión de manera parcial. Si queremos considerar este aspecto, debemos remitirnos a la tensión fundamental entre la democracia y el capitalismo en su fase neoliberal actual.

Si bien no existe un consenso universal sobre a qué hacemos alusión cuando hablamos de democracia, en este trabajo partimos de que como su nombre lo indica, la democracia es el gobierno del *demos*. Por lo tanto, el componente de soberanía popular, como poder político compartido, debe estar presente en su ejercicio. De entre los múltiples elementos que la componen, también destacamos la reminiscencia a un valor: la igualdad. Como es tomado este valor es un punto importante para pensar la Democracia de forma sustantiva y llenarla de contenido. Cabe destacar que el concepto de igualdad que empleamos está lejos de reducirse a que “seamos todos iguales”, cosa que además de imposible consideramos contraria a la naturaleza humana. En cambio, lo entendemos como la garantía de condiciones equitativas de desarrollo que aseguren estándares básicos de bienestar para todas las personas.

Partimos de la premisa de que resulta imposible asegurar igualdad política si no existen márgenes razonables de igualdad social: el acceso igualitario al sistema de poder y a tener voz en el debate público no puede garantizarse frente a altos niveles de desigualdad social. Es por esto que sostenemos que la existencia de condiciones socioeconómicas equitativas constituye una precondition necesaria para el desarrollo democrático. De ahí la importancia de pensar la relación Democracia-Capitalismo.

En este marco, criticamos la democracia liberal que, aliada con el neoliberalismo desde finales de la década de 1970, relega la igualdad a cuestiones formales mientras fortalece el liberalismo: una democracia reducida a garantizar condiciones que otorgan la legitimidad al poder -elecciones competitivas, libertades civiles y derechos de autonomía individual-, mientras se consolidan las condiciones que hacen al libre despliegue del mercado sin cuestionar las relaciones de poder que obstaculizan horizontes más igualitarios. Si queremos fortalecer el consenso democrático, debemos pensar la democracia más allá de los límites elitistas y excluyentes a los que la ideología liberal la somete (Adamovsky, 2023).

Consideramos que muchas de las teorías que buscan explicar el declive de la legitimidad democrática han subestimado la tensión inherente entre capitalismo y democracia y las nuevas fisonomías que adopta el neoliberalismo adentrados en el siglo XXI; por lo que se vuelve fundamental abordar el fenómeno poniendo el foco en dicha relación.

Si bien las corrientes centradas en el agotamiento del neoliberalismo como modelo de desarrollo aportan elementos valiosos, aquí proponemos otra mirada: no es el agotamiento del modelo neoliberal lo que complejiza la reproducción democrática sino su reafirmación, en tanto lógica de poder y acumulación, lo que tensiona las bases socioeconómicas y culturales necesarias para la reproducción democrática.

El neoliberalismo se consolidó en un momento determinado mediante la instrumentalización de la democracia en función de los intereses del mercado. En momentos en donde esta conjunción deja de servir a los fines del neoliberalismo, se produce una mutación que deja explícita la instrumentalización democrática operada por aquel. Algunos entienden que hoy nos encontramos ante una mutación autoritaria del neoliberalismo, debido a que este ya no necesita de todos los instrumentos de la democracia para legitimarse.

En este contexto de erosión democrática, la hegemonía neoliberal se mantiene prácticamente libre de todo cuestionamiento debido al triunfo de su visión del mundo: “los inviolables derechos de propiedad, las omnicomprehensivas virtudes del mercado, y los peligros de interferir con su lógica, constituyen en nuestros días el 'sentido común' imperante” (Mouffe, 2000, p. 23).

A nivel institucional, el consenso en torno a la disminución del Estado de bienestar y la privatización de bienes y servicios públicos se combina con un cambio en el patrón de acumulación, operado desde finales de la década de 1970, en pos de la financiarización de la economía. En este marco, se promueve la desregulación de la economía y la libre competencia, deslegitimando las políticas sociales igualitarias.

A partir de estas consideraciones, estructuramos la exposición en dos capítulos principales, cada uno dedicado a una dimensión específica del problema. En el capítulo 1, abordaremos los orígenes que dieron fundamento al ideario neoliberal, profundizando en sus postulados más significativos y en las consecuencias derivadas de su aplicación práctica. Para ello, nos apoyaremos en evidencia empírica e histórica que nos permita reflexionar sobre las desigualdades estructurales que el sistema neoliberal profundiza, a fin de indagar en los efectos de dichas desigualdades sobre la erosión democrática.

A partir de un enfoque teórico-conceptual, en el capítulo 2 exploramos una dimensión complementaria del neoliberalismo, entendiéndolo como una *nueva razón del mundo*.

Analizaremos cómo la racionalidad neoliberal, expande la lógica de mercado más allá del ámbito económico, configurando nuevos modos de subjetivación que destruyen los marcos sociales y simbólicos necesarios para la vida democrática en común.

CAPÍTULO I

NEOLIBERALISMO: EL ORDEN DE LA DESIGUALDAD

1. Los orígenes intelectuales del neoliberalismo

El neoliberalismo es un significante suelto y cambiante, que con frecuencia es conceptualizado más por quienes lo critican que por sus propios promotores (Brown, 2017). Dado que sus orígenes son múltiples y diversos, nos remontaremos a ellos para comprender las preocupaciones que le dieron forma, entendiendo que estas trascienden las problemáticas estrictamente económicas. Para ello, realizaremos una presentación de las escuelas de pensamiento neoliberal. La misma no pretende ser exhaustiva sino permitirnos rastrear los principales fundamentos que fueron configurando el ideario neoliberal. Comenzaremos presentando las distintas escuelas, siguiendo la distinción hecha por Sergio Morresi, quien adjudica al neoliberalismo cuatro ramas principales: la escuela austríaca, la Escuela de Chicago, la Escuela de Virginia y el libertarismo (Morresi, 2008, p. 17). Luego examinaremos las instituciones y dinámicas mediante las cuales dichas ideas fueron permeando el campo intelectual y la preocupación de los liberales por acceder a espacios de poder gubernamental.

Los primeros fundamentos de lo que más tarde se conocería como neoliberalismo encuentran sus raíces en los postulados de la escuela austríaca, cuyo fundador, Carl Menger, se destacó por introducir la teoría subjetiva del valor en 1871. A diferencia de la perspectiva dominante hasta ese momento -que entendía el valor como determinado por factores objetivos, como la cantidad de trabajo, los recursos o costos necesarios para producir un bien-, la teoría subjetiva del valor propuso que el valor del objeto depende de la utilidad que el sujeto le atribuye. Esta nueva concepción desvincula el valor de las condiciones materiales de producción, concentrándose sólo en la percepción individual. De allí se desprende que la economía obedece a leyes universales independientes de las sociedades y los gobiernos ya que sólo los individuos, en tanto agentes que actúan a partir de la información que poseen, son capaces de tomar decisiones racionales y por ende toda forma de dirigismo tiende al fracaso. A su vez, tal desplazamiento implica un cambio metodológico: el análisis deja de partir de estructuras colectivas, para enfocarse en las acciones y preferencias individuales. En consecuencia, Menger basó sus análisis en el individuo como unidad de sentido, cuando la mayoría de los economistas de su época apelaban a un análisis social mediante sujetos como

las clases, el Estado o la sociedad (Morresi, 2008). Los postulados de Menger se hicieron fuertes y fueron continuados por Ludwig Von Mises y luego por su discípulo más destacado: Friedrich von Hayek. Esta segunda etapa de la escuela austriaca marcó su consolidación trascendiendo el enfoque original de la teoría del valor y ampliando el objeto de estudio. El fortalecimiento de esta escuela se enmarca a comienzos del siglo XX, cuando Europa se encontraba atravesada por la crisis del liberalismo y “parecía destinada a abrazar el socialismo. No sólo las ideas y los partidos de izquierda, sino que también entre amplios sectores del centro y la derecha [...] impulsaban medidas que actuaran como correctivos del capitalismo” (Morresi, 2008, p. 20).

Von Mises fue más radical que su predecesor. Ferviente seguidor del *laissez faire* más estricto, estaba en contra de cualquier intervención socializante y entendía a las leyes de la oferta y la demanda como verdades inapelables. Se dedicó al estudio de la lógica interna del mercado y la acción humana, centrándose en demostrar por qué la economía planificada no podía funcionar. A Hayek, en cambio, le preocupaba el funcionamiento del mercado y el orden social (Cachanosky, 2020).

Tras la Segunda Guerra Mundial, Hayek se convertirá en el exponente más destacado de la escuela austriaca y en el principal refutador de las ideas de John Maynard Keynes⁹. Hayek también veía con profunda preocupación la consolidación de las ideologías colectivistas en las que agrupaba desde la socialdemocracia hasta el nazismo. Para estos autores la sociedad debía articularse en torno al mercado, la institución más eficiente para asignar recursos. Identificaban al mercado como el único capaz de considerar millones de datos dinámicos que nadie más puede conocer ni procesar a la vez, permitiendo la maximización de la vida humana. La oposición de los pensadores de esta escuela a cualquier tipo de imposición de valores altruistas o solidarios es ferviente, pues consideran tales intentos destinados al fracaso. De aquí se desprende que entiendan la libertad de forma negativa, es decir, como ausencia de impedimento: el individuo es libre en tanto puede elegir sus fines y sus medios sin ser coaccionado intencionalmente (Morresi, 2012).

Sin embargo, Hayek -junto con otros pensadores liberales contemporáneos- comprendía que una sociedad también necesitaba reglas que garanticen el orden social, es

⁹ John Maynard Keynes (1883-1946) fue un economista británico cuyas ideas revolucionaron la teoría económica, sentando las bases de la macroeconomía moderna. Su gran obra “Teoría general del empleo, el interés y el dinero” defendió la intervención activa del Estado para sostener el empleo y la demanda agregada frente a las crisis del capitalismo. Su obra fue y es objeto de crítica por aquellos liberales que entienden que el mercado se autorregula y que la intervención estatal tiende a deformar el orden espontáneo del mercado.

decir: la sociedad no se autorregula pero tampoco es el Estado el que debe crear las leyes regulatorias, sino que las mismas debían atenerse a los usos y costumbres. Es decir que el Estado debía hacer cumplir las normas legadas por la tradición (Morresi, 2008), coaccionando a los agentes que se desvíen de sus obligaciones privadas.

Subyace así una suerte de metafísica del orden que está por encima del Estado, y por ende, de la política. De aquí se puede entender cómo en “Los fundamentos de la Libertad”, Hayek expresa que es “concebible que un gobierno autoritario actúe sobre la base de principios liberales” (Hayek, 1960, p. 141). Los límites a la soberanía popular son muy claros cuando la misma se entromete con las ideas del liberalismo ya que, para él, la democracia es un método para escoger dirigentes, una doctrina sobre la manera de determinar lo que será la ley, mientras que el liberalismo es una doctrina sobre lo que debiera ser la ley (Sacchi, et al., 2022). Bajo estos supuestos, no sorprende el apoyo que luego brindaron los neoliberales a las dictaduras en América Latina.

La segunda gran corriente es la escuela de Chicago. Surgida en la década de 1920, sus postulados originales -que recuperan gran parte de la escuela austriaca- fueron recuperados por Milton Friedman en la posguerra. La tesis principal de la escuela es que, dado que el mercado produce la mejor asignación de recursos, sus instituciones se deben mantener alejadas de cualquier funcionario público que pueda intervenir en la economía (Morresi, 2008). Sus autores coincidían en que el ejercicio de la libertad requiere de instituciones capitalistas, mientras que las políticas socialistas resultan lesivas tanto para la libertad de mercado como para las libertades civiles. En este sentido, coincidían en el rechazo a la planificación económica, las políticas redistributivas y la seguridad social, que consideran amenazas al orden liberal por ser una distorsión a los incentivos meritocráticos del sistema capitalista. Para evitar dichos males, comparten también con la escuela austriaca la idea de establecer reglas que estén por encima de la política, alejadas de las decisiones de las mayorías y supeditadas a las necesidades del mercado. Incluso Milton y Rose Friedman profundizan esta idea y proponen “constitucionalizar el monetarismo y prohibir medidas regulatorias que desafíen los flujos económicos internacionales” (Sacchi, et al., 2022). Si bien con distintos matices, en ambas escuelas, la confianza en la autorregulación del mercado se tradujo en la idea de que los órdenes políticos y sociales debían imitar su lógica: la competencia y la eficiencia.

La tercera rama que mencionamos es la escuela de Virginia. No estamos ante una teoría económica sino ante un modelo político-institucional de contenido normativo (Morresi, 2008). A fin de comprender su aporte al pensamiento neoliberal, consideramos pertinentes

dos ideas centrales desarrolladas por esta escuela. Por un lado, los principales exponentes -James M. Buchanan, Gordon Tullock y Geoffrey Brennan- entienden que las estructuras de preferencia son individuales, inconmensurables y no predecibles. De ahí que, todo intento por determinar de forma altruista el bien común quede descartado: los individuos pueden decidir autónomamente lo que consideran valioso.

Por otro lado, estos pensadores entienden que existe un momento preconstitucional que debe ser la base de un segundo momento constitucional. Así, las normas democráticas están supeditadas a reglas que hipotéticamente fueron alcanzadas de forma unánime en el momento originario (al cual es imposible retornar y por ende modificar). De este modo, el *statu quo* adquiere un carácter metafísico y permanente (Morresi, 2008). A su vez, vuelve la idea de que el Estado debe comportarse como lo dictaría el mercado de competencia perfecta pero ahora para fundamentar la necesidad de posicionar cuadros técnicos (economistas) en puestos claves de decisión. Esta idea será retomada más adelante, cuando veamos la importancia que dan los pensadores liberales a ocupar los espacios de poder gubernamental.

Por último, encontramos la facción del libertarianismo. Sus principales exponentes, Robert Nozick y Murray Rothbard, comenzaron a ganar reconocimiento a partir de la década de 1980, desarrollando una línea más radical que las escuelas mencionadas anteriormente. Partiendo del análisis de que cualquier tipo de Estado, incluso uno mínimo, representa un enorme peligro, Rothbard estudiará las posibilidades de supervivencia del capitalismo sin Estado. Para ello, propone la creación de agencias privadas de protección, como instituciones destinadas a salvaguardar la libertad natural. Esta idea fue retomada por Nozick quién dio credenciales académicas al libertarianismo con su libro “*Anarquía, Estado y Utopía*”. Sin embargo, la diferencia principal entre ambos autores radica en que mientras Rothbard se quedó en una afirmación anarco-capitalista, Nozick demostró la posibilidad de un Estado mínimo, es decir, el monopolio de una agencia privada de protección que no violente derechos morales individuales. De ahí que se detiene en justificar por qué los Estados que sobrepasan ese Estado mínimo son moralmente inaceptables y todas sus transacciones injustas (Morresi, 2008).

Pese a las diferencias entre las distintas escuelas de pensamiento, a los fines de este trabajo nos enfocamos en las similitudes que dan forma a un corpus teórico que comparte una misma preocupación. Lo que inquietaba a los neoliberales desde el comienzo era cómo “repensar el Estado para restringir la democracia sin eliminarla y cómo utilizar las instituciones nacionales y supranacionales para proteger la competencia y el intercambio” (Slobodian, 2025, p. 18).

En este sentido, podemos establecer un corpus conceptual más o menos homogéneo que, siguiendo a Morresi (2008), esquematizamos de la siguiente manera: el mercado como modelo eficiente de regulación; el Estado como el polo opuesto al mercado, su intervención genera ineficiencias por lo que debe ser coherente con hacer reinar la libertad económica; los derechos son individuales e inalienables y se privilegia el derecho de propiedad; la libertad es entendida como ausencia de impedimento; la igualdad, subordinada a la anterior, es valorada de forma positiva cuando se la piensa de forma abstracta -igualdad ante la ley- y negativa cuando se pretende extender a cualquier otro ámbito no jurídico; la justicia como el imperio de la ley; y por último, la democracia es sólo un método instrumentalizado para escoger dirigentes, sin ningún rol social.

2. *La institucionalización del pensamiento neoliberal*

Aunque con sus matices, las distintas corrientes del neoliberalismo fueron confluyendo en la necesidad de organizar un contrapeso intelectual para disputar el avance de las ideas en torno a la injerencia del Estado en áreas que le eran ajenas. Esa convergencia se materializó en espacios de debate y coordinación que darían al neoliberalismo una dimensión de peso institucional y global. El primer antecedente importante lo encontramos en el coloquio de Walter Lippman que marcó el momento fundador del movimiento de renovación del liberalismo en la década de 1930 (Dardot y Laval, 2010). Este encuentro reunió a intelectuales y economistas de diferentes escuelas de pensamiento que buscaban articular una respuesta a la crisis que atravesaba el liberalismo, interrogando los límites que mostraban los postulados más estrictos del *laissez faire* en un nuevo contexto signado por el ascenso del fascismo y el socialismo. En este sentido, dentro del coloquio se expresaron distintas posturas que mencionaremos para diferenciar al neoliberalismo de la tradición liberal que lo antecede.

Siguiendo la distinción que hace Morresi (2012), los liberales clásicos fueron los primeros pensadores del liberalismo. Dentro de ellos encontramos a sus fundadores (John Locke, Adam Smith), quienes entendían la igualdad de manera formal y abstracta. Quienes continuaron con esta tradición, los liberales modernos (Immanuel Kant, John Stuart Mill, Alexis de Tocqueville) dieron un paso más, sosteniendo que algún grado de igualdad socioeconómica era necesario para mantener una sociedad, configurando lo que Morresi (2012) denomina liberalismo social. En el coloquio, estaban quienes adscribían a esta concepción liberal más igualitaria y la querían profundizarla, promoviendo un liberalismo

intervencionista modernizado. Entre ellos encontramos a él mismo Walter Lippmann, Loius Rougier y Wilhelm Röpke, quienes entendían que el rol del Estado en la sociedad se había vuelto necesario para ordenar los distintos intereses en conflicto. Estas ideas de generar una acción positiva del Estado retomando inquietudes de poder nacional o justicia social serán precursoras de lo que más adelante se conocerá como ordoliberalismo o escuela alemana de pensamiento liberal¹⁰ (Guillen Romo, 2018).

Sin embargo, no todos los presentes fueron tan radicales. Hubo quienes apuntaron a la incapacidad de la doctrina clásica para reflexionar sobre la práctica efectiva de los gobiernos y la utilidad de las normas y leyes, indispensables a la vida económica moderna (Guillén Romo, 2018), sin caer, al mismo tiempo, en los postulados más igualitaristas, que se desviaban tanto del liberalismo que terminaba por traicionar sus propios principios (Morresi, 2008). De estas inquietudes, que se distancian del dogmatismo del *laissez faire*, se desprende el neoliberalismo.

Si bien el coloquio no llegó a ningún consenso, fue la semilla que fortaleció la idea de unir fuerzas para continuar pensando en la supervivencia de las ideas liberales en el nuevo contexto mundial. Es gracias a ello que tras la Segunda Guerra Mundial, Friedrich von Hayek retomó ese impulso y encaminó el liderazgo de la renovación liberal (Guillen Romo, 2018), convocando a destacados liberales de distintas disciplinas: intelectuales, filósofos, economistas e historiadores a discutir y defender el destino del liberalismo¹¹. Fueron las preocupaciones ante la expansión de los gobiernos, en particular de los Estados de bienestar, el creciente poder de los sindicatos, la concentración monopólica y los elevados niveles de inflación existentes, los que motivaron el encuentro que dio origen a la Sociedad Mont Pèlerin (Sociedad Mont Pèlerin, s. f.).

Las discusiones que vieron nacer esta sociedad giraron en torno a las ideas planteadas en el libro “Camino de servidumbre”, donde Hayek (1978) deja explicitada la relación antagónica que encuentra entre libertad individual y planificación económica centralizada. La heterogeneidad de posiciones dentro del debate neoliberal continuó luego de la creación de la SMP en 1947 (Salinas Araya, 2016). Sin embargo, con el tiempo la misma irá encarnando

¹⁰ La escuela alemana ordoliberal se diferenciará del neoliberalismo clásico por entender que la competencia, como principio organizador del mercado, no se puede extraer del *laissez faire*, dado que no es un rasgo natural del mercado. En este sentido, desvinculan la economía de mercado de las políticas de *laissez faire* y ponen al Estado en el lugar de productor y asegurador de dicha competencia (Foucault, 2022).

¹¹ Entre los invitados destacaban Ludwig von Mises, Karl Popper, Milton Friedman, Maurice Allais, Michael Polanyi, Lionel Robbins, Wilhelm Röpke, George Stigler, Verónica Wedgwood, Walter Lippmann y Loius Rougier.

“una línea ultra-liberal fundamentalmente diferente de la más progresista encarnada hasta entonces por Lippmann, Rougier y Röpke” (Guillen Romo, 2018, párr. 51). No obstante, las divergencias internas no deben opacar el hecho de que lo que le confiere una fuerte cohesión al neoliberalismo es el consenso anti colectivista (Guillen Romo, 2018).

A su vez, como señala Salinas Araya (2016), con el neoliberalismo comienza a gestarse un supuesto de democracia que no se relaciona con la soberanía popular, pero tampoco con el individuo del contractualismo. Emerge es una democracia de la propiedad que tiene como principal fundamento la libertad de transacción, quedando establecida una “idea de democracia para el mercado” (Salinas Araya, 2016, p. 57). Es por esto que los liberales se oponen tanto al socialismo como al nazismo, reduciéndolos a ideologías similares, dado que ambos buscan sustituir la economía de mercado por una economía planificada en pos de una mirada altruista de las necesidades colectivas de las masas (Salinas Araya, 2016).

Si bien en sus primeros años, la SMP fue marginal frente al consenso intervencionista de la época, sus congresos periódicos ayudaron a consolidar una red internacional de pensadores liberales con prácticas concretas para la promoción de sus ideas (Moresi, 2008): buscaban proveerse de recursos humanos y materiales para consolidar think tanks, lobby y fundaciones antiintervencionista a nivel mundial, a la vez que daban importancia a ocupar los espacios de poder gubernamental (Morresi, 2008). Es a partir de la década de 1950, cuando se produjo una progresiva influencia estadounidense -sostenida por el apoyo financiero de instituciones privadas como el Volker Fund y la Foundation for Economic Education-, que se logró consolidar como un proyecto político transnacional destinado a influir en gobiernos, universidades y organismos económicos¹². Los vínculos con los círculos patronales americanos anti New Deal y con el polo más liberal de los libertarios (Murray Rothbard) orientaron la SMP hacia una defensa cada vez más radical del libre mercado. “Una de las grandes novedades de la SMP con respecto al Coloquio Lippmann fue la influencia que

¹²Activa principalmente entre 1946 y 1962, la Volker Found fue una fundación privada estadounidense establecida por William Volker, un empresario de muebles. Se convirtió en uno de los principales vehículos de financiamiento para la difusión de ideas de libre mercado y liberalismo clásico en los Estados Unidos. Apoyaba económicamente a académicos, think tanks y a la Mont Pèlerin Society, con el objetivo declarado de promover una visión económica y política que redujera la intervención estatal, fortaleciera la propiedad privada y fomentara la libertad individual frente a las tendencias keynesianas y socialdemócratas de la posguerra (Philanthropy Roundtable, s.f.; Wikipedia, s.f.). La Foundation for Economic Education (FEE), fundada en 1946 por Leonard E. Read, fue uno de los primeros y más antiguos think tanks libertarios en los Estados Unidos. A través de publicaciones y programas educativos, buscaba activamente contrarrestar la creciente influencia de las políticas del New Deal y el consenso intervencionista. Su misión principal al día de hoy sigue siendo la promoción de los principios de la economía de libre mercado, la propiedad privada, la libertad individual, la integridad moral y el gobierno limitado (Foundation for Economic Education, s.f.).

tuvieron, de entrada, las instituciones patronales de promoción de la libre empresa y de un liberalismo extremo.” (Guillen Romo, 2018).

Es recién en la década de 1970, con la consagración de dos de los principales exponentes de esta doctrina -cuando Hayek (1974) y Friedman (1976) ganaron el Premio Nobel de Economía- que queda de manifiesto la legitimidad pública que había adquirido el neoliberalismo.

Podemos concluir que los fundamentos del neoliberalismo se originan en debates incentivados por intelectuales que ya desde las primeras décadas del siglo XX, buscaban repensar el rol del Estado y de la democracia frente a las transformaciones del capitalismo. En este sentido, es a partir de la segunda mitad del siglo XX que el neoliberalismo comenzó a consolidarse, no sólo como una doctrina, sino también como un proyecto político y económico.

3. Estado fuerte y mercado libre: el neoliberalismo como sistema de poder

Si bien el estudio del neoliberalismo necesita de la comprensión de sus ideas, el fenómeno también debe ser analizado en su materialización. Para ello, intentaremos ofrecer una definición de neoliberalismo que dé cuenta de su efectivización como sistema de poder a partir de las últimas décadas del siglo XX. El contexto en el cual comenzó a desplegarse estuvo signado por la llamada “época de oro del capitalismo”. Con el estado de bienestar se habían alcanzado niveles de desarrollo nunca antes vistos, a la vez que las desigualdades pudieron reducirse de manera notable. Las tasas de mortalidad y analfabetismo cayeron progresivamente, el consumo y las tasas de natalidad aumentaron, el desempleo se redujo de manera drástica y la distribución del producto entre capital y trabajo llegó al 50% para cada parte. A estos cambios sociales se sumó la asimilación de derechos y garantías por parte de la población, junto a la idea de que aún dentro del capitalismo se podía vivir mejor. La cristalización de este espíritu de época se dio con los movimientos sociales de las décadas de 1960 y 1970 que abogaban por la reparación de las desigualdades en planos que ya no eran estrictamente materiales.

En este contexto, la respuesta de las élites fue dismantelar las instituciones del Estado de bienestar que limitaban la acumulación del capital y cambiar el patrón de acumulación hacia la financiarización de la economía, destruyendo con ello también las bases sociales que se sostenían en los sistemas industriales del siglo XX. De esta forma, se procuraba recuperar el control sobre los mercados. En un artículo denominado “Aspectos políticos del pleno

empleo”, Michal Kalecki (1943), explica que es la resistencia a los cambios sociales y políticos resultantes del mantenimiento del pleno empleo lo que lleva a la displicencia de las clases empresariales con un sistema de distribución más equitativo y por ello buscan restaurar y consolidar su poder de clase dominante¹³. Para ello, adoptaron estratégicamente el proyecto intelectual de la SMP. Las ideas de Hayek y Friedman ofrecieron el marco teórico perfecto para esta contrarrevolución de quienes veían amenazado su poder. Harvey (2005), señala que el éxito de los gobiernos de Thatcher y Reagan es haber tomado lo que hasta entonces habían sido posiciones políticas, ideológicas e intelectuales minoritarias y hacerlas dominantes. Estos gobiernos adoptan las ideas neoliberales de que los vicios del Estado pueden ser corregidos en tanto éste adopte la lógica del mercado como principio ordenador: la competencia. De ahí se desprende la exaltación de la desigualdad -y no la igualdad- ya que es el medio y la relación para que los capitales compitan libremente y con ello aumente el crecimiento económico y la sociedad progrese. En este sentido, la consagración de las ideas neoliberales permitió no sólo imponer la naturalidad de la desigualdad como punto de partida y marco general del progreso, sino al Estado como un actor clave en su promoción.

Por neoliberalismo, entonces, entendemos un sistema de poder que se configuró como respuesta al modelo (económico, político y social) que consolidó el proceso de redistribución consagrado a partir de los años 50 del siglo XX. Sin embargo, lejos de concebir un capitalismo sin Estado, los neoliberales buscaron reconfigurar el aparato estatal, restringiendo la democracia sin eliminarla (Slobodian, 2025). En el credo neoliberal, el Estado es el encargado de crear y mantener el desarrollo institucional necesario para garantizar el libre despliegue del mercado¹⁴. Para ello, debe disponer de las estructuras militares, defensivas y policiales necesarias para garantizar los derechos de propiedad. En “*Free Economy and Strong State*”, Andrew Gamble (1988) sintetiza el thatcherismo como un proyecto político que combinó dos ideas a priori contradictorias: liberalismo y conservadurismo. Se buscó limitar el gobierno pero sin debilitarlo, ya que “el uso del poder coercitivo del Estado se justifica cuando se emplea para derrotar y contener a aquellos intereses, organizaciones e individuos que amenazan la supervivencia de la economía libre” (p. 31). Es notable como

¹³ Las teorías que conciben la introducción de medidas neoliberales como un intento de las clases dominantes de recuperar el control político y económico sobre los mercados, se contraponen a aquellos enfoques que lo interpretan como respuesta ante las crisis económicas del Estado de bienestar. En el primer sentido, la restauración neoliberal obedece más a la presión que ejercían las demandas sociales sobre el sistema en su conjunto, minando la pretensión de acumulación del proyecto fordista.

¹⁴ Exceptuando las teorías más radicales como el anarcocapitalismo expresado por Murray Rothbard.

para el neoliberalismo resulta fundamental la capacidad con la que cuenta un Estado para garantizar el orden del mercado: se requieren acciones firmes para afrontar la resistencia de los intereses organizados ante la implementación de medidas que apuntan a los bienes y políticas públicas: recorte del gasto, los impuestos, los subsidios, abolición de las agencias reguladoras e imposición del marco institucional, moral y coercitivo que el libre mercado necesita para sobrevivir (Gamble, 1988). A su vez, en aquellas áreas donde no existe mercado (áreas que en general procuran derechos sociales), el Estado debe tener la capacidad de convertirlas en privadas, promoviendo la creación de sus propios mercados: educación, salud, servicios, seguridad social, etc. (Harvey, 2005).

No obstante, el neoliberalismo es más que una configuración política y económica: sus impulsores entendieron la necesidad de que la sociedad asimile esta forma de ver el mundo. Si en un primer momento estas medidas se implementaron de manera violenta, especialmente en los países del Cono Sur donde existieron regímenes caracterizados por la persecución política y desapariciones forzadas, a largo plazo el neoliberalismo logró imponerse culturalmente. Por este motivo, no podemos entender la neoliberalización sin ahondar en las técnicas de poder, prácticas y cambios de valores que en tanto nueva racionalidad promueve.

Es por este motivo que las prácticas político-económicas -que instauración de un nuevo modelo de acumulación financiarizado y la reorganización estatal bajo los dogmas de la eficiencia y austeridad- se conjugaron con un sentido común sofisticado, un principio de realidad que es extrapolado a todas las dimensiones de la vida humana, reconstruyendo instituciones y seres humanos para ganar afirmación (Brown, 2017).

En síntesis, entendemos al neoliberalismo como un sistema de poder que se consolida como reacción al estado de bienestar, reconfigurando el rol estatal para subordinarlo a las exigencias del mercado. Este proceso restringe los márgenes de la democracia sin abolir sus formas, y se traduce en reformas estructurales que profundizan la desigualdad. Al mismo tiempo, el neoliberalismo se legitima culturalmente mediante una racionalidad que expande la lógica del mercado a todas las esferas de la vida humana, exaltando la libertad y la autosuficiencia individual, la libre competencia y la eficiencia. De este modo, naturaliza las desigualdades y la fragmentación social, consolidando un mundo “dividido en el plano social pero integrado en el económico: separados pero globales” (Slobodian, 2023, p. 135).

4. Del Estado benefactor al Estado neoliberal: el aumento de la desigualdad

Tras haber definido la lógica imperante del neoliberalismo, nos enfocaremos en análisis cuantitativos que evidencien su materialización en la realidad económica y social. Para esto, nos guiaremos principalmente por el trabajo realizado por Thomas Piketty, un economista francés reconocido por analizar la estructura de la desigualdad a nivel global; utilizando para ello series estadísticas históricas que revelan tendencias reales de acumulación. Elegimos tomar su trabajo como fuente principal, ya que, en contraposición a las explicaciones abstractas de los modelos teóricos de la economía ortodoxa, se centra en analizar cómo se distribuyen los ingresos y la riqueza, restituyendo el papel que juegan la historia y la política en la explicación económica. De esta forma, demuestra que la desigualdad, lejos de ser un fenómeno natural de crecimiento, es consecuencia de determinadas elecciones institucionales, políticas fiscales y sistemas heredados de propiedad (Lobato, 2014). De esta forma, los factores que explican la concentración de la riqueza en determinados grupos sociales, con su correlación en el aumento de las desigualdades, se comprende desde una mirada que reconoce que los procesos económicos no pueden desvincularse de dinámicas sociales, recuperando el carácter político de la redistribución.

Observaremos cómo las desigualdades de riqueza e ingreso comienzan a disminuir en la década de 1920, proceso que se profundizó en 1940. Luego de un breve periodo de estabilización, a finales de los años 70 y durante la década de 1980 se acentúa la reversión de estos indicadores. Este fenómeno se profundizó entrados los 2000, llegando en la actualidad a observar niveles de concentración de riqueza similares a los de principios del siglo XX. Si bien utilizaremos los casos de Estados Unidos y algunos países de Europa (Reino Unido, Francia y Alemania), para hacer ejemplificaciones, los resultados obtenidos en relación al ingreso y la riqueza son extrapolables, teniendo en cuenta distintos matices regionales, a otros países (Piketty, 2014).

Comenzaremos diferenciando dos conceptos fundamentales para el autor: el ingreso y la riqueza -o capital en los términos de nuestro análisis-. El ingreso corresponde a los flujos recibidos anualmente por los individuos, a través de dos fuentes principales: el trabajo y el capital. La riqueza representa el stock acumulado de bienes y capitales que poseen los individuos, es decir, el patrimonio. Para medir rigurosamente la desigualdad, Piketty hace una distinción que el índice de Gini no contempla: diferencia la desigualdad de ingresos de la

desigualdad de riqueza, con el fin de obtener la desigualdad total¹⁵. Esta diferenciación propuesta es fundamental ya que es en las rentas de riqueza donde se observa la principal fuente de la desigualdad: las desigualdades patrimoniales en los países más igualitarios son más fuertes que las desigualdades salariales en los países menos igualitarios (Piketty, 2014). En otras palabras, la distribución de la propiedad del capital, siempre es más concentrada que los ingresos del trabajo, consolidando una brecha persistente entre propietarios y no propietarios. Los datos comparativos refuerzan esta tesis: en Europa (2010), el decil más alto de la población en ingresos laborales (el 10% más rico) concentra el 25% del total del ingreso por trabajo; mientras el decil más alto en capital posee en promedio el 60% de la riqueza total¹⁶. A su vez, en Estados Unidos, estas cifras son 35% y 70%, respectivamente, evidenciando una mayor concentración de la riqueza que en Europa (Tobón, 2015). Si nos remontamos en el tiempo, hasta 1900-1910; el estrato más alto se llevaba cerca del 90% de la riqueza total. Es decir, el 1% de los más pudientes concentraban más del 50% del total de la riqueza, lo que demuestra que no existía la clase media: el 40% del medio era casi tan pobre en patrimonio como el 50% de los más pobres. La configuración de la desigualdad estaba dada por la herencia, como fuente de riqueza que era imposible de superar mediante el ingreso proveniente del trabajo (Congreso Futuro, 2020).

La primera mitad del siglo XX estuvo marcada por fuertes shocks -la Primera Guerra Mundial, la gran depresión y posteriormente la Segunda Guerra Mundial- que jugaron un papel central en la reducción de las desigualdades que marcó gran parte del siglo (Piketty, 2014). Dichos fenómenos destruyeron gran parte de la riqueza de capital en los países desarrollados, generando una caída en la relación riqueza-ingreso, es decir, cayó la participación del capital en el ingreso nacional. Este fue el punto de partida de los Estados de bienestar, cuyo auge se extendió entre las décadas de 1940 y 1970.

¹⁵ El índice de Gini mide la desigualdad de los ingresos de una población, tomando valores entre 0 y 1. A diferencia de los indicadores que utiliza Piketty que toman como muestra los ingresos de las personas individuales, este indicador se construye a partir del ingreso per cápita de los hogares, que se obtiene a partir de las encuestas de hogares de los distintos países. Si bien, el índice de Gini permite saber qué tan desigual es la distribución de ingresos de un país o una región, no permite distinguir una cuestión que es fundamental para Piketty: las diferencias entre los ingresos del trabajo y los ingresos del capital; ya que es aquí donde el autor encuentra las desigualdades más fuertes.

¹⁶ Es importante mencionar algunas definiciones metodológicas del autor: sus análisis no se enfocan en clases sociales sino en deciles. Al ser más abstracto, este concepto permite comparar sociedades distintas de forma más rigurosa que el concepto de clase. No obstante, el autor utiliza los términos de clase alta (el 10% más rico), media (los que están entre el 10% más alto y el 50% más bajo) y baja (el 50% más pobre) para plasmar los resultados que arrojan sus análisis. A su vez, el autor divide los deciles en subgrupos. Nos enfocaremos en el decil más alto, dentro del cual encontramos el percentil superior (clase dominante, representa el 1%) y el percentil restante (clase rica o acomodados, representan el 9% restante).

Durante este periodo, numerosos países, principalmente de Occidente, experimentaron un incremento de su riqueza, un hecho que el autor señala como natural, resultado de los shocks previos que la habían destruido. Sin embargo, el foco no está puesto tanto en el aumento de la riqueza, como en la equidad o inequidad con la que la misma se distribuyó. En contraposición al credo liberal, según el cual dejar todo librado al orden espontáneo del mercado generaría la mejor distribución posible de los recursos, Piketty señala la importancia de las políticas de regulación, tributación y control público del capital, que en última instancia potenciaron la caída de los capitales privados a niveles históricamente bajos. Entre estas políticas se destacan: los impuestos progresivos sobre la renta; los impuestos sobre la herencia y el patrimonio; la regulación financiera; el control de capitales; las nacionalizaciones parciales y la participación del Estado en empresas estratégicas; y la expansión de los Estados de bienestar que procuraron políticas sociales de redistribución en materia de educación, salud, vivienda social, seguro de desempleo y pensiones.

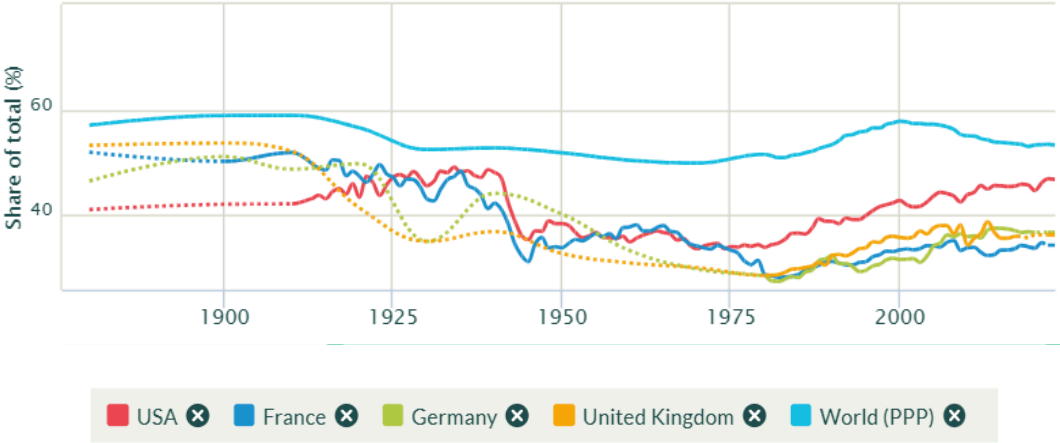
En este sentido, la principal transformación estructural en la distribución de la riqueza en el siglo XX está dada por el desarrollo de una clase media patrimonial que logró apropiarse de entre un 30% y un 45% de la riqueza. Esta cuestión toma fundamental relevancia cuando recordamos que la principal fuente de desigualdades se encuentra en la distribución de la propiedad del capital, que como mencionamos anteriormente, es siempre mucho más concentrada que la distribución de los ingresos del trabajo. Se trata entonces, de una gran desconcentración de la riqueza en manos de la clase alta (el 10% más rico), un cambio sustancial en términos históricos, que “modificó profundamente el paisaje social y la estructura política de la sociedad, contribuyendo a redefinir los términos del conflicto distributivo” (Piketty, 2014). Cabe destacar que, en cuanto a la mitad inferior de la población, su participación en la riqueza total sigue siendo tan escasa hoy como ayer: apenas el 5% del total tanto en 2010 como en 1910 (Congreso Futuro, 2020).

Los gráficos extraídos de la World Inequality Database (WID.world), una base de datos abierta, co-dirigida por Thomas Piketty, muestran la participación del 10% y del 1% superior de la población en el ingreso y la riqueza. Desde la década de 1920, se observa un retroceso en la participación del decil superior en ambos indicadores, fenómeno que se condice con la emergencia de la clase media que describimos en el párrafo anterior. A su vez, se observa como la caída en el 1% superior de la población es aún más marcada que la del 9% percentil restante, lo que también da cuenta de la desconcentración de la riqueza en la parte más alta de la pirámide social durante dicho periodo. Por último, los gráficos siguientes también dan

cuenta de la tendencia de reversión de estos indicadores en la década de 1970 y su consolidación a partir de 1980.

Figura 1

Participación del 10% más rico en el ingreso total de la población, por país/región, 1875 - 2015



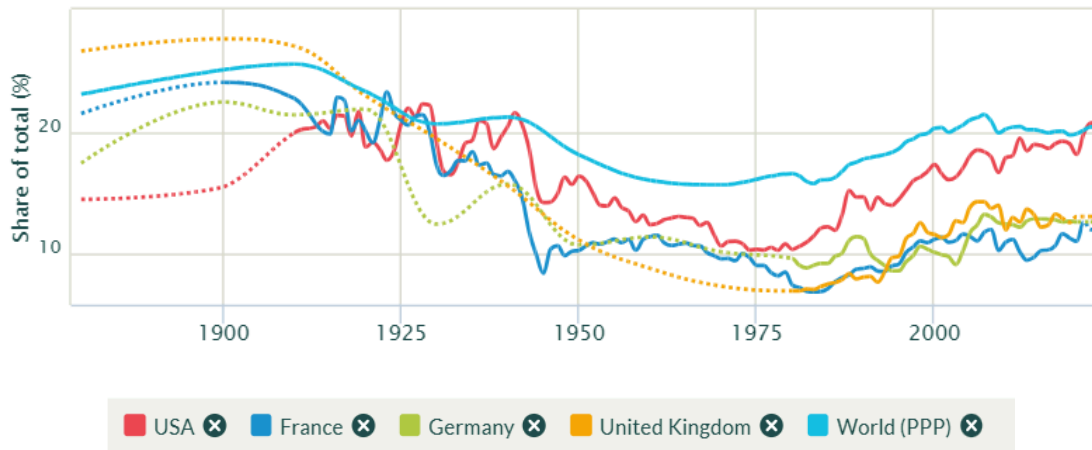
Nota. Tomado de World Inequality Database (WID.world, 2024)

Un dato a tener en cuenta es que el promedio ponderado mundial (PPP) se encuentra por encima de los indicadores específicos por países ya que, recupera estadísticas provenientes de Sudáfrica y algunos países de Asia. Optamos por dejar fuera de estos análisis dichos indicadores debido a que las series están descontinuadas por falta de datos. Lo mismo sucede con América Latina.

Si bien la caída de la participación del 10% más rico en el ingreso total es marcada, en el gráfico siguiente podemos observar como es más notoria aún si nos concentramos en el 1% superior.

Figura 2

Participación del 1% más rico en el ingreso total de la población, por país/región, 1825 - 2015

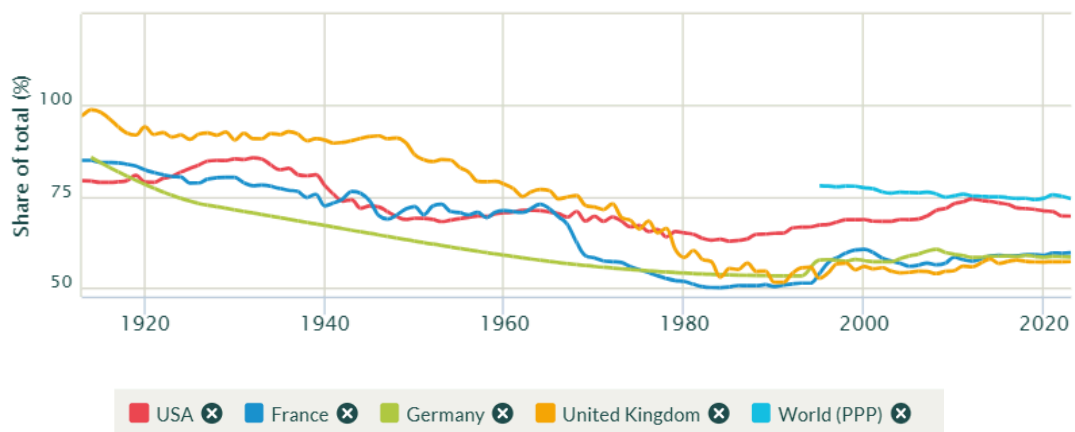


Nota. Tomado de World Inequality Database (WID.world, 2024)

Observemos ahora qué pasa cuando hablamos de riqueza, es decir que sucedió en este periodo con el patrimonio del 10% y dentro de este, el 1% superior.

Figura 3

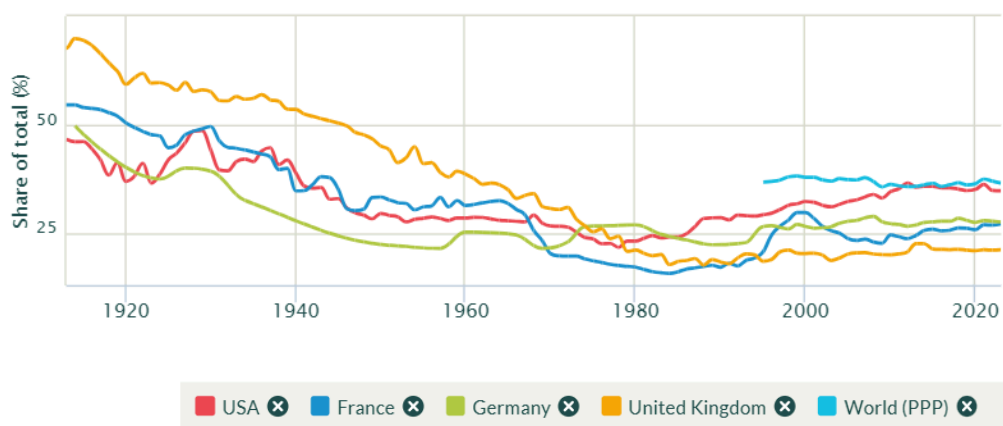
Participación del 10% más rico en la riqueza total de la población, por país/región, 1915 - 2022



Nota. Tomado de World Inequality Database (WID.world, 2024)

Figura 4

Participación del 1% más rico en la riqueza total de la población, por país/región, 1915-2022



Nota. Tomado de World Inequality Database (WID.world, 2024)

Podemos confirmar que desde la década de 1920 -hasta la década de 1970- asistimos a un marcado proceso de desconcentración tanto del ingreso como de la riqueza y la consiguiente disminución de las desigualdades. Para explicar el porqué de este fenómeno, Lobato (2014) señala que Piketty no ignora el peso de la regulación económica operada en este periodo: “se pusieron en marcha políticas de distribución que favorecían el mercado de trabajo y que hicieron que los ingresos a nivel individual se volvieran más equitativos”, a la vez que “existieron políticas que desfavorecían la acumulación de capital [...] al mismo tiempo que se aplicaban impuestos de patrimonio e impuestos confiscatorios a los ingresos más altos para paliar los efectos destructivos de la guerra” (Lobato, 2014, p. 150). En términos de Piketty (2014), la relación capital-ingreso se vio disminuida, evidenciándose una menor concentración de capital y más equidad de ingresos. Estos fenómenos se revirtieron posteriormente cuando la tendencia cambió producto de que “el respaldo estaba del lado del capital, no en el trabajo” (Lobato, 2014).

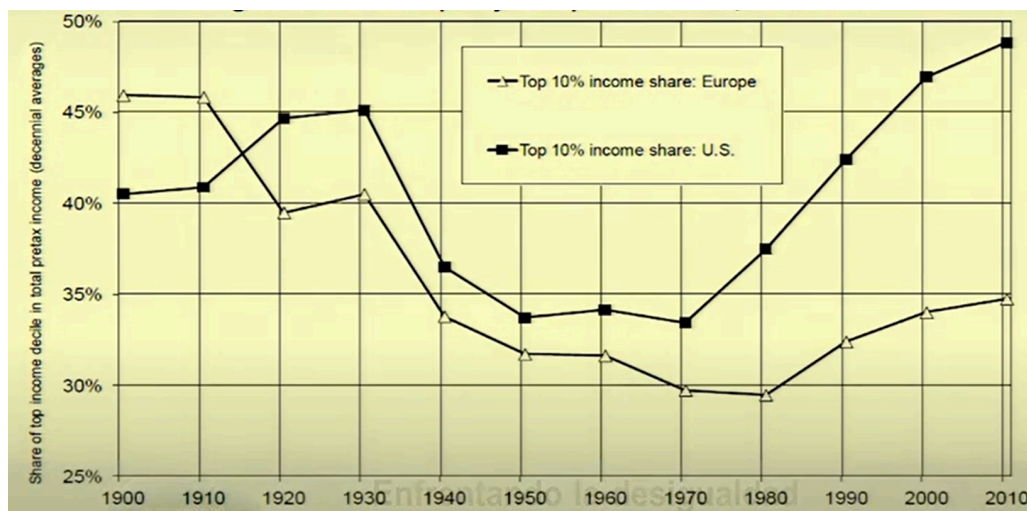
Luego de un breve periodo se inició el movimiento de reconstitución de los capitales. Este proceso “se aceleró con la revolución conservadora anglosajona de 1979-1980, el desplome del bloque soviético en 1989-1990, la globalización financiera y la desregulación de la década de 1990-2000”. Todos estos acontecimientos abonaron a la reversión mencionada y “permitieron que los capitales privados, a pesar de la crisis de 2007-2008, recuperaran a principios de los años de 2010 una prosperidad no vista desde 1913” (Piketty, 2014).

A partir de la década de 1980, el análisis de la desigualdad económica revela un cambio estructural. En este período, atravesado y simbolizado por los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, aumenta la desigualdad de ingreso, así como también la desigualdad de riqueza, generando que la razón riqueza-ingreso vuelva a niveles similares a los del siglo XIX, ya que el capital vuelve a acumularse significativamente (Piketty, 2014).

Mostraremos primero las variaciones de ingreso tanto en Estados Unidos como Europa. En ambos casos, ilustrados en el gráfico siguiente, se puede observar este fenómeno como un indicador de la desigualdad que, a partir de la década del 1980, comienza a crecer de forma pronunciada (Congreso Futuro, 2020). Sin embargo, no es menor destacar que si bien la tendencia es marcada, en Europa el crecimiento es menos exponencial que en Estados Unidos.

Figura 5

Participación del ingreso total que va al 10% superior, en Europa y Estados Unidos, 1900 - 2012



Nota. Tomado de *Thomas Piketty: El capital en el siglo XXI* [video], por Congreso Futuro (2020, 22 de junio), YouTube, <https://www.youtube.com/watch?v=-1S7css3zbl>

Por otro lado, observamos las tendencias a partir de la década de 1980 en cuanto a la acumulación de riqueza en el 10% superior. Es notable el mayor grado de desigualdad que muestra este indicador, que ni en sus momentos más bajos apenas pudo romper la barrera del 60% de la riqueza total distribuida en un 10% de la población.

Figura 6

Participación de la riqueza total que va al 10% superior, en Europa y Estados Unidos, 1870 - 2010



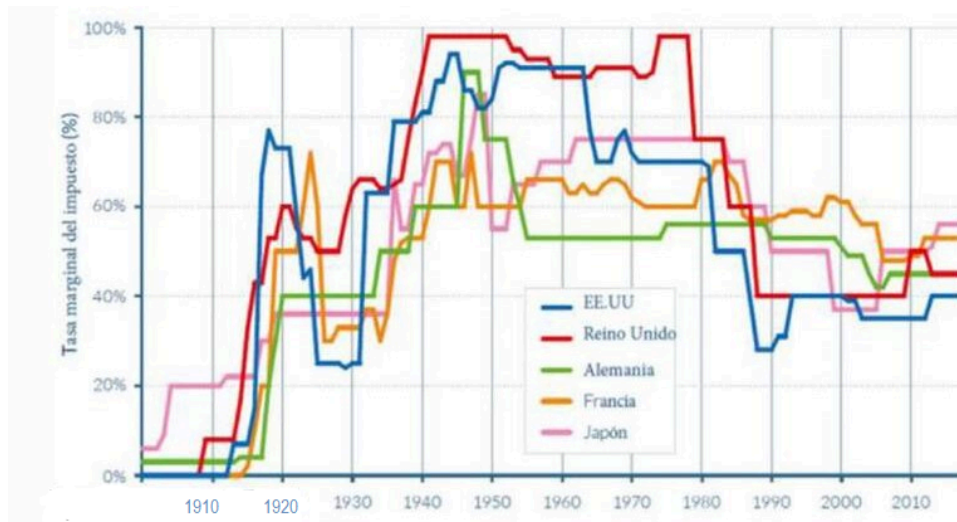
Nota. Tomado de *Thomas Piketty: El capital en el siglo XXI* [video], por Congreso Futuro (2020, 22 de junio), YouTube, <https://www.youtube.com/watch?v=-1S7css3zbI>

Uno de los motivos que nos permite comprender este fenómeno se relaciona con la fuerte reducción de tasas impositivas a los sectores más ricos. Entre los años 1930 y 1980, en Estados Unidos la tasa impositiva llegó a un promedio de 82% en los ingresos más altos y esto no destruyó al capitalismo norteamericano sino que la producción fue más alta que durante la época de Reagan (Congreso Futuro, 2020). Sin embargo, “En los Estados Unidos, la alícuota impositiva más alta sobre los ingresos bajó del 70% en 1980 al 28% en 1988. En Gran Bretaña [...] del 83% en 1979 al 40% en 1989. [...] En Francia y Alemania también se registraron importantes reducciones (Kulfas, 2025, p. 42) que aunque fueron más moderadas, igualmente se sostuvieron en el tiempo.

El siguiente gráfico presenta la tasa marginal superior del impuesto a la renta (es decir, el porcentaje máximo que pagan los ingresos más altos) en cuatro países desarrollados desde 1900 hasta 2013, manifestando el desmantelamiento de la progresividad fiscal operada desde la década de 1980.

Figura 7

Tasas impositivas máximas sobre la renta, en Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y Francia, 1900 -2017

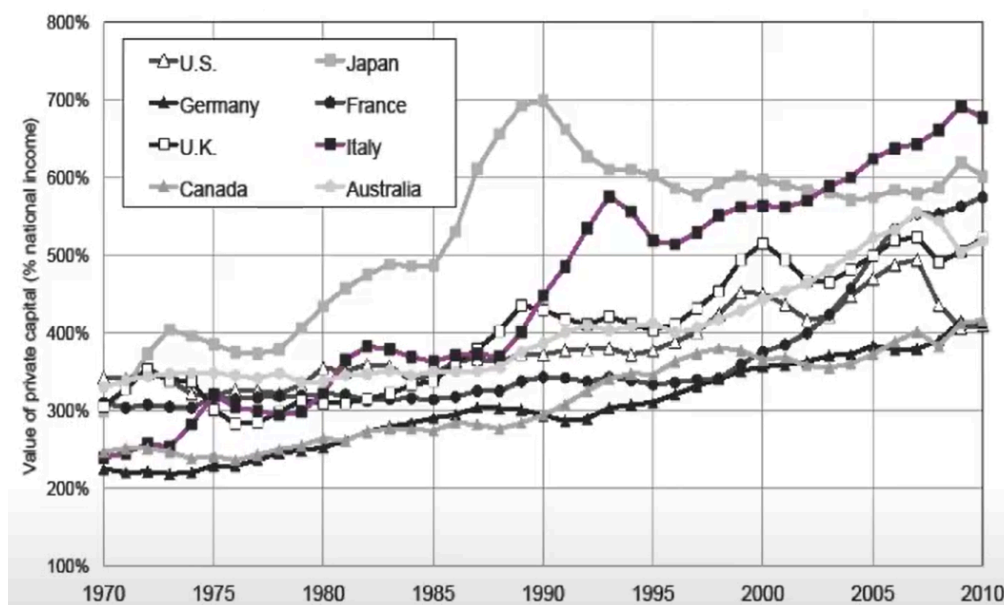


Nota. Tomado de World Inequality Lab (<https://wid.world/>)

Por último, terminaremos el apartado señalando algunos elementos centrales para terminar de comprender la profundidad de estos fenómenos. El crecimiento más lento del ingreso, producto de la disminución del crecimiento económico de los países, sumado al aumento de acumulación de riqueza privada generaron una revalorización del capital privado en los países más ricos desde 1970. El gráfico a continuación muestra la acumulación y revalorización del capital privado en los países ricos desde 1970 hasta 2010.

Figura 8

Participación del capital privado en relación al ingreso nacional en los países más ricos, 1970 - 2010



Nota. Tomado de *Thomas Piketty: El capital en el siglo XXI* [video], por Congreso Futuro (2020, 22 de junio), YouTube, <https://www.youtube.com/watch?v=-1S7css3zbl>

Podemos observar que si en 1970, el capital privado equivalía a entre 200% y 350% del ingreso nacional anual (exceptuando a Japón), es decir, entre 2 y 3,5 veces el ingreso anual. En 2010, esa relación aumentó hasta 400%–700% del ingreso nacional, es decir, entre 4 y 7 veces el ingreso anual. Esta relación indica que el peso del capital en relación con el ingreso nacional volvió a niveles similares a los del siglo XIX. Esta cuestión explica el aumento estructural de la desigualdad en las últimas décadas (Congreso Futuro, 2020).

Piketty (2014), relaciona estos fenómenos con una tendencia estructural del capitalismo: $r > g$. Es decir, la tasa de retorno del capital (r) -cuánto rinde el capital invertido, como intereses, dividendos, rentas, ganancias de inversiones- es mayor a la tasa de crecimiento de la economía (g) -cuánto crece la economía en su conjunto, y con ella los salarios y rentas laborales-. Ahora bien, cuando r supera ampliamente a g , la riqueza acumulada crece a una velocidad tan veloz que resulta difícil alcanzar mediante el salario, es decir, el esfuerzo individual de quienes no poseen patrimonio de origen. Esto redundará en una concentración de la riqueza en manos de quienes ya poseen capital. Es en este sentido que estamos asistiendo a la vuelta de una sociedad patrimonial (Piketty, 2014). Es decir, la importancia de la riqueza heredada vuelve a tener un lugar fundamental en el siglo XXI, al poder reproducirse más rápido que los ahorros generados a partir de las rentas del trabajo, en un clima de poco crecimiento económico (Lobato, 2014).

Para concluir, debemos mencionar las causas que explican el significativo aumento que hubo en la relación riqueza/ingreso. No queremos dejar de mencionar que existen cuestiones demográficas que inciden en el alza de esta relación: la baja en el crecimiento demográfico, permite acumular una tasa de riqueza/ingreso mayor (Congreso Futuro, 2020). Sin embargo, queremos focalizar en otras cuestiones que, a diferencia de la anterior, tienen un tinte político notable. Hablamos principalmente de cuestiones del orden de la regulación política y social que permiten que la valorización de la riqueza sea tan profunda. En este sentido, el autor menciona la desregulación financiera, las privatizaciones de activos públicos que terminan en manos de privados concentrados, el aumento de la deuda pública, la competencia extrema entre países y la desregulación de los flujos de capital como los motivos principales. El caso de la toma de deuda resulta ilustrativo para comprender cómo se incrementa la riqueza privada a expensas del producto de un país. Además, la deuda constituye una de las principales herramientas empleadas por organismos que promueven

políticas neoliberales a nivel global, como lo es el Fondo Monetario Internacional. El pago de servicios de deuda no solo implica una significativa transferencia de capital a manos privadas sino también reduce la inversión pública en infraestructura. Si entendemos que las políticas públicas pueden orientarse a la disminución de las desigualdades, el aumento de la riqueza privada a costa de la riqueza pública, contribuye a profundizar dichas desigualdades, consolidando la transferencia de recursos desde el Estado hacia el capital privado.

5. *Estructura de la desigualdad*

Queremos dedicar un breve apartado a una última consideración que explica el detalle de la estructura de la desigualdad, permitiéndonos comprender los mecanismos económicos, sociales y políticos que dan cuenta de las evoluciones observadas (Piketty, 2014). En este sentido, el autor distingue dos dimensiones principales: la desigualdad de los ingresos del trabajo y la desigualdad de los ingresos del capital. La primera se explica, según Piketty, por las leyes de oferta y demanda, el estado del sistema educativo, las normas e instituciones que afectan el mercado de trabajo y la determinación de los salarios. La segunda, por el comportamiento del ahorro y la inversión, las reglas de transmisiones y sucesiones (como la herencia) y el funcionamiento de los mercados -particularmente el inmobiliario y el financiero-.

Todos estos mecanismos están mediados por instituciones que los regulan en mayor o menor medida. Ninguno opera por fuera de la regulación social, determinada en cada sociedad particular. A su vez, vale destacar que la desregulación tampoco implica ausencia de intervención, sino que constituye una forma específica de acción institucional, que tiende a favorecer a algunos actores en detrimento de otros. En este sentido, el incremento de la desigualdad a partir de los años 1970-1980 tuvo distintas variaciones entre países, lo que confirma que los factores institucionales y políticos desempeñaron un papel central (Piketty, 2014).

Como señala Forti (2021), siguiendo el Informe sobre la Desigualdad Global 2018 elaborado por el World Inequality Lab, Europa occidental y Estados Unidos presentaban niveles similares de desigualdad en 1980:

El 1% de la población que más ingresaba representaba el 10% del total de la renta en cada uno de los territorios. Sin embargo, en 2016, las situaciones eran radicalmente distintas. En Europa occidental, ese 1% percibió el 12% de todos los ingresos, mientras que en Estados Unidos recibió el 20%. Así, mientras el 50% de las rentas

más bajas se repartía el 20% del total del ingreso nacional en Estados Unidos en 1980, en 2016 la porción se redujo al 13%. De todos modos, si volvemos la mirada al Viejo continente, vemos cómo, aunque con menos desigualdades, el 10% que más gana representa el 37% de los ingresos totales. (Forti, 2021, p. 46)

En consecuencia, las variaciones observadas entre países demuestran que las diferencias en los niveles de desigualdad no responden únicamente a dinámicas de mercado, sino al modo en que las instituciones regulan, o desregulan, dichos mecanismos.

6. La democracia liberal ante el desafío de la igualdad

Buscaremos concluir este capítulo respondiendo a la pregunta de si es posible la reproducción democrática en contextos significativamente desiguales. Del Tronco y M Carrillo (2020), se preguntan en el mismo sentido si es compatible un modelo de acumulación excluyente con un modelo de representación inclusivo. Intentando esbozar una respuesta, abundan aquellos que teorizan sobre las precondiciones de la democracia, entendiendo que la misma sobrevive en determinados países producto de determinadas condiciones, pero haciéndose la pregunta de si puede sobrevivir a cualquier condición (Przeworski, 2022). La conclusión a la que parece haber arribado buena parte del campo analítico es que la democracia es un ideal al que nos podemos acercar, pero difícilmente alcanzar. Por ello, se han desarrollado conceptos que buscan matizar las distintas posibilidades de acercamiento a dicho ideal. Uno muy influyente es la noción de Poliarquía, introducida por el politólogo estadounidense Robert Dahl (1989), que propone distintos niveles de participación y representación dentro de los cuales se pueden mover los regímenes políticos. Ahora bien, estos análisis tienden a privilegiar la forma en que los gobernantes acceden al gobierno y los procedimientos y reglas formales que organizan el ejercicio del poder, dejando de lado la relación de la democracia con la igualdad. De esta forma, se evidencia, como bien observa Colin Crouch (2004), la influencia del liberalismo en la definición democrática. En este sentido, cabe reformular la pregunta inicial: no es tanto si la democracia puede sobrevivir sino qué tipo de democracia sobrevive. Comprender la erosión actual de las democracias requiere examinar cómo el liberalismo se ha impuesto sobre el ideal democrático, desplazando la igualdad al terreno de lo deseable pero no exigible.

Cuando hablamos de la hegemonía del liberalismo en la definición de democracia actual, hacemos referencia a la unión de dos tradiciones de pensamiento en constante tensión.

La democracia proclama el gobierno del pueblo en nombre de la igualdad: un hombre, un voto. El liberalismo político parte de que el sujeto de la sociedad es el individuo dotado de derechos inalienables por lo que proclama el imperio de la ley: una esfera de derechos individuales que ningún poder puede traspasar. Entonces, en la democracia actual, influenciada por la hegemonía liberal, la soberanía popular es limitada en nombre de la libertad individual. Esta tensión estructural explica lo que Mouffe (2000) denomina “la paradoja democrática” (p. 15).

En este sentido, la “utopía liberal” (Mouffe, 2000, p. 46) consiste en erradicar el desacuerdo legítimo de la esfera pública, es decir, en excluir ciertas cuestiones de la consideración de las mayorías. Para lograrlo, neoliberales como Hayek proponen leyes basadas en “usos y costumbres” y Friedman la constitucionalización del monetarismo, mientras que la escuela de Virginia promueve colocar técnicos economistas “neutrales” en los puestos estratégicos de decisión. La neutralidad valorativa que proponen los neoliberales es peligrosa porque busca naturalizar una jerarquía de valores, que privilegian la libertad individual por sobre la igualdad, naturalizando la imposición de sus prioridades al resto de la sociedad. Esta estructura valorativa consolida la desigualdad como rasgo estructural del orden social. La misma es natural y no hay nada que hacer con ella, de otra forma estaríamos interviniendo en la lógica de la competencia mercantil. Es por ello que la democracia debe limitarse a ser un mero instrumento de elección de gobernantes, alejando de las mayorías decisiones que cuestionen el sistema dominante, a la vez que permite su legitimación en las urnas. De esta forma se erosionan las bases de soberanía popular -en tanto ejercicio de poder político compartido- necesarias para el funcionamiento democrático.

Reconocer estos límites no implica poner en cuestión las instituciones de la democracia liberal, que entendemos necesarias y saludables para el ejercicio democrático. No podríamos considerar la existencia de una democracia allí dónde no existan libertades civiles y políticas, junto con un Estado de derecho fuerte. No buscamos caer en el dilema que plantean Del Tronco y M Carrillo (2019), de que juzgar a la democracia en función de sus resultados vuelve relativo su valor y se incurre en el riesgo de asumir mecanismos alternativos de decisión; como si hubiese que elegir entre resguardar la calidad de la democracia o aumentar la efectividad de los gobiernos. Por el contrario, entendemos que la única forma de resguardar la calidad democrática es aumentando la efectividad de los gobiernos. Por esto criticamos la democracia liberal, por dejarse instrumentalizar por el neoliberalismo para llevar adelante su proyecto desigual.

Cuando la democracia se reduce a una formalidad y se desentiende de la cuestión social, su legitimidad comienza a erosionarse. Si se reduce a ser un método para llenar los espacios institucionales de poder, si pasan los gobiernos y la vida de los ciudadanos no cambia, está condenada al fracaso. Porque su contenido se vacía y termina operando como un mecanismo de recambio de elites en el poder, permitiendo que tengan asidero discursos que denuncian esas prácticas pero sin poder modificarlas: si bien existen las elecciones y los gobiernos cambian, el debate público no guía las políticas de gobierno generando una ciudadanía pasiva e impotente mientras que la política se resuelve entre el gobierno y las élites (Crouch, 2004). Así la erosión de la democracia se va haciendo cada vez más fuerte, logrando que la misma pierda su poder legitimador. A la vez, este proceso genera que sus instituciones, indispensables para el ejercicio democrático pierdan potencia porque:

Ante la persistencia de condiciones desfavorables y expectativas insatisfechas, ¿qué diferencia hace para muchos el que las elecciones sean libres y limpias? ¿De qué sirve elegir periódicamente nuevos gobernantes si cada proceso electoral no hace sino repetir fórmulas vacías? ¿Cuál es la utilidad de las legislaturas? ¿De qué sirven los tribunales si la impartición de justicia reproduce las desigualdades sociales?. (Del Tronco y M Carrillo, 2020, p. 5)

Efectivamente la erosión de la democracia está permeando en la sociedad, los altos niveles de insatisfacción quedan evidenciados con la irrupción en la escena política de partidos y movimientos de ultraderecha que dicen ofrecer una alternativa y logran ser competitivos e incluso ganar elecciones aún, o quizá porque, tienen discursos cada vez más radicalizados.

La reconstrucción del vínculo entre democracia e igualdad, necesario para la reproducción democrática, requiere del Estado junto con las organizaciones de la sociedad civil, como actores que pueden ayudar a cerrar las amplias brechas de desigualdad económica, social y política, producidas por las inequidades del mercado. El mito del mercado autorregulado no hará más que seguir concentrando el poder económico y esto va en contra del objetivo de revitalizar tanto la capacidad estatal como los vínculos colectivos que el neoliberalismo ha intentado disolver. El fuerte aumento de riqueza en contraposición al ingreso que señala Piketty, genera una concentración significativa en pocas manos, produciendo una fracción muy concentrada de capital que busca ser independiente de las decisiones estatales para que nada interfiera en dicha acumulación y tener poder de forma a las leyes y las políticas para su propio beneficio. Esta tarea se facilita frente a Estados que

poseen cada vez menos recursos y capacidad de control ante la vorágine desregulación que alimenta dicha problemática.

En última instancia, la historia de la desigualdad es política: cuando la neutralidad liberal la sustrae del debate público, la democracia se convierte en una forma sin contenido. No es posible reducir las brechas entre la igualdad formal y la igualdad realmente existente sin justicia social, que es todo lo que hay entre el sostenimiento de la promesa incumplida de la democracia y el abandono total de dicha promesa (Brown, 2019).

CAPÍTULO II

LA RACIONALIDAD NEOLIBERAL

A lo largo del primer capítulo analizamos cómo el neoliberalismo opera a nivel de las instituciones políticas y económicas. Explicamos que surgió inicialmente como una corriente de pensamiento, en la búsqueda por responder a la crisis del liberalismo, provocada por los contextos que marcaron el comienzo del siglo XX. Poco a poco, las ideas de sus principales exponentes fueron ganando terreno y ocupando espacios de poder, de la mano de actores que ansiaban beneficiarse de las políticas orientadas a la desregulación del mercado. De esta forma, el neoliberalismo -entendido como un conjunto de prácticas políticas, institucionales y económicas- llegó al summum con su implementación por los gobiernos de las principales potencias del bloque occidental desde finales de la década de 1970. Estos gobiernos, además de promover la aplicación de las políticas neoliberales a nivel global, reconfiguraron el Estado convirtiéndolo en un actor clave que posibilitó la financiarización de la economía, la desregulación y la competencia en la vida económica en general, causando las consecuencias sociales mencionadas anteriormente.

Ahora bien, comprender la vigencia del neoliberalismo exige atender también otras dimensiones, que no se oponen a las descritas anteriormente sino que las complementan. Hablamos de aquellas interpretaciones que buscan estudiar cómo el neoliberalismo permea las subjetividades. Desde esta mirada, se lo comprende no sólo como "un destructor de reglas, de instituciones, de derechos, es también productor de cierto tipo de relaciones sociales, de ciertas maneras de vivir, de ciertas subjetividades" (Dardot & Laval, 2013, p. 14). Es decir, se lo caracteriza como un dispositivo de subjetivación que moldea nuestra forma de ver el mundo, la manera en la que nos relacionamos los unos con los otros, y cómo comprendemos y orientamos nuestras acciones. De ahí que su éxito trasciende la praxis institucional: su gran logro es totalizar todas las esferas de la existencia humana -política, económica, social y subjetiva-. Para ello, guía tanto las prácticas de los gobernantes como las de los gobernados, mediante un mismo marco normativo regido por la lógica de mercado (Dardot & Laval, 2013).

Uno de los primeros intelectuales que marcó el rumbo para analizar este fenómeno fue Michel Foucault, a través de las clases que dictó en el Collège de France, especialmente entre 1976 y 1979. Los conceptos de gubernamentalidad y de razón neoliberal fueron la base para que pensadores como Wendy Brown, Christian Laval y Pierre Dardot y Verónica Gago, entre

otros, profundizaran sobre la idea del neoliberalismo como algo más que la aplicación de una doctrina ideológica elaborada en la década de 1930. De lo que se trata es de un profundo reordenamiento cultural y moral que modifica las relaciones entre los sujetos y hasta la atribución de sentido a la propia existencia.

Tomando los autores mencionados como marco, el objetivo de este capítulo será mostrar cómo la expansión de la racionalidad neoliberal reconfigura los principios que sostienen la democracia -igualdad, libertad y soberanía-, disolviendo los lazos de la vida en común y despolitizando los marcos necesarios para su reproducción.

1. Una nueva racionalidad política: la reprogramación del liberalismo

Uno de los intelectuales más influyentes para entender al neoliberalismo como un nuevo tipo de racionalidad en el arte de gobernar fue Michel Foucault, quien buscó analizar la racionalidad neoliberal en sus prácticas concretas. Es decir, sus estudios no buscan partir de los universales para deducir de ellos fenómenos característicos sino que, buscan precisar las prácticas que se desprenden de dichos universales, a saber: el Estado, la sociedad civil, los sujetos, etc. (Foucault, 2022).

En las clases que dedica a esta temática, Foucault señala la existencia de múltiples formas de guiar la conducta de los hombres, muchas de las cuales no suponen un ejercicio de soberanía política. Por ello, introduce el concepto de *gubernamentalidad*, para describir un arte de gobernar que busca conducir conductas, gestionar poblaciones y organizar la libertad, actuando sobre la conducta (Foucault, 2022). La práctica gubernamental exige cierto tipo de racionalidad propia, capaz de establecer sus reglas y producir sus modos de obrar. En este sentido, la razón gubernamental moderna se refiere a la forma en que el Estado ejerce su poder: no sólo por medio de la coacción, sino también a través de diversas racionalidades que buscan conducir la conducta de los individuos y poblaciones (Foucault, 2000).

En este marco, es preciso entender el giro que funda el liberalismo moderno. En el siglo XVIII emerge un nuevo tipo de racionalidad en el arte de gobernar producto de un cambio en lo que se entendía debía guiar las prácticas gubernamentales: deja de ser la legitimidad o ilegitimidad de las mismas para pasar a estar guiada por un cierto régimen de verdad. Es decir, las diferentes prácticas y sus efectos se juzgan como buenas o malas, no ya en función de una ley natural o un principio moral, sino de proposiciones que estarán sometidas a la división de lo verdadero y lo falso (Foucault, 2022). Esta cuestión se basa en que existe una naturaleza propia de los objetos que el gobierno desconoce y por lo tanto

puede actuar en contra de la misma, manipulándola y produciendo consecuencias negativas. Por ello, es necesario que el gobierno se autolimita en función de la naturaleza de aquello que gobierna. “Autolimitación por el principio de la verdad, esa es, creo, la cuña formidable que la economía política introdujo en la presunción indefinida del Estado de policía” (Foucault, 2022, p. 35). Esto es lo que a grandes rasgos, el autor entiende por liberalismo: una autolimitación de la razón gubernamental en pos de la eficacia máxima y en función de la naturaleza de los fenómenos en cuestión (Michel Senellart, en Foucault, 2022).

Bajo esta premisa, los liberales clásicos determinaban los límites hasta donde el Estado podía actuar: la injerencia del Estado terminaba donde comenzaba el ámbito del mercado. Esto se explicaba porque el principio que regía el mercado era el del libre intercambio. Este supone un acto de equivalencia entre dos valores, a través de dos interlocutores, y, por lo tanto, implica la ausencia de intervención de un tercero. En todo caso, el Estado debía limitarse a garantizar que los intercambios se realizarán en condiciones de libertad y a proteger la propiedad individual sobre los medios de producción (Foucault, 2022).

Sin embargo, Foucault señala que los neoliberales introducen un desplazamiento, del intercambio al principio de competencia, reconfigurando no sólo la lógica del mercado sino la relación de este con el mercado. A diferencia del intercambio, la libre competencia, no es un dato de la naturaleza sino que necesita de condiciones artificialmente establecidas, por lo que requiere de una política activa: el Estado debe acompañar la economía de mercado. Es preciso que se gobierne para el mercado, no a causa de él (Foucault, 2022). Partiendo desde esta perspectiva y del análisis de que el accionar del Estado tiene vicios pero no así el accionar del mercado, entienden que es menester que el principio de regulación interna del Estado sea el mismo que el del mercado, es decir: “proponerse la libertad de mercado como principio organizador y regulador del Estado” (Foucault, 2022, p. 149).

He aquí la primera y singular introducción de la razón neoliberal respecto del liberalismo clásico: el mercado ya no opera como demarcación de hasta donde el Estado puede intervenir, sino que serán los principios de mercado los que guíen tanto la acción gubernamental -es decir, la actividad de regir la conducta de los hombres en un marco y con instrumentos de Estado-, así como también otras entidades e instituciones de la sociedad -las escuelas, lugares de trabajo, clínicas, etc.-. El objeto de la práctica gubernamental pasa a ser la sociedad pero sólo en tanto y en cuanto el objetivo mismo de la intervención sea hacer que el mercado sea posible. En consecuencia, la acción reguladora tendrá como finalidad que pueda operar la libre competencia, procurando obtener una sociedad sometida a la dinámica

competitiva, una sociedad de empresa: este es el objeto de la política neoliberal (Foucault, 2022).

En años anteriores, también en sus cursos en el Collège de France, Foucault había conceptualizado la noción de “*biopoder*” (Foucault, 2000, p. 220) para explicar cómo operan las técnicas de poder moderno¹⁷. Esta nueva tecnología de poder, emerge en el mismo contexto histórico en que se consolida el liberalismo y se ejerce sobre la población que el gobierno debe manejar, produciendo la regularización de las vidas humanas, incluyendo la disciplina, la administración de poblaciones y la producción de sujetos por medio del saber (Foucault, 2000). Este concepto le permite explicar a Foucault como el poder se relaciona cada vez más con la intervención en el cómo hacer vivir, es decir que el poder pasa a tener como objeto la vida misma. En este marco, la biopolítica va a constituir el horizonte de inteligibilidad en el que la razón neoliberal opera: si la primera introdujo la gestión de la vida como objeto de poder, el neoliberalismo redefine las formas de esa gestión de la vida bajo la lógica del mercado, produciendo sujetos económicos a través de dispositivos que operan desde la libertad. Es decir, no coaccionando directamente al individuo, sino creando las condiciones ambientales dentro de las cuales este cree moverse libremente.

Siguiendo esta perspectiva, las intervenciones del Estado deben garantizar el marco en el cual se reproduce la lógica competitiva del mercado a nivel de la sociedad. Debe intervenir para garantizar las condiciones de existencia del mercado y la no perturbación del mismo. ¿Cuál es el marco sobre el cual el Estado debe actuar para permitir el libre despliegue de las fuerzas de mercado? La población, el régimen jurídico, las técnicas, el aprendizaje, la disponibilidad de tierras, etc. Entonces la intervención debe ser “discreta en el nivel de los procesos económicos mismos, o bien, [...] masiva cuando se trata de ese conjunto de datos, [...] sociales en términos generales, que ahora serán cada vez más el objeto de intervención gubernamental” (Foucault, 2022, p. 174). Un ejemplo que menciona el autor es el de cómo se reconfigura la política social bajo esta lógica. Entenderla en función de generar igualdad va en contra de la economía porque la principal característica de la competencia es la diferenciación. En este sentido, la política social debe ser privatizadora, individual, donde no exista la transferencia de un sector a otro. Por el contrario, se debe operar en pos de alcanzar un crecimiento económico que permita a cada uno, de manera individual, alcanzar el nivel de ingreso para tener acceso a seguros individuales, propiedad privada, capitalización familiar, etc. (Foucault, 2022).

¹⁷ La primera vez que Foucault introduce la noción de *biopoder* es en el curso del Collège de France de 1975-1976, titulado "Il faut défendre la société" ("Hay que defender la sociedad").

El neoliberalismo no sólo actúa sobre los sujetos sino a través de ellos, orientando su conducta mediante la internalización de ciertas normas y expectativas según las cuales los sujetos se autoconducen: esquemas de competencia, inversión, pérdida y ganancia (Foucault, 2022). Para comprender este fenómeno es menester entender el otro elemento que trajo aparejado el neoliberalismo, a saber, la reintroducción del trabajo dentro del campo de análisis económico¹⁸. En este marco, se reconfiguró al *homo economicus*¹⁹ sobre la base del elemento central mediante el cual el neoliberalismo entiende la economía: la empresa. En la concepción clásica, el *homo economicus* era un socio del intercambio, es decir, respondía al problema de la satisfacción de necesidades mediante la utilidad que el intercambio (compra y venta) le proporcionaba. En cambio, en el neoliberalismo, el sujeto económico se encuentra caracterizado como empresario de sí, es decir productor de su propia satisfacción. Al entender al salario como un ingreso, es decir, una renta que el trabajador recibe en función de su idoneidad, el individuo se convierte en portador de un capital que le es propio, un capital humano (Foucault, 2022). Las manifestaciones de esta lógica se traducen en sujetos que se gestionan a sí mismos como empresas. Cada individuo se convierte en un pequeño empresario de su propia vida, debiendo invertir en su educación, su salud, sus relaciones, siempre buscando el modo de obtener la mayor ganancia con la menor pérdida posible. Por lo tanto, el ingreso que puede recibir un trabajador, depende de la medida en que este logre o no incrementar su capital humano. Es decir que la responsabilidad sobre el tamaño de la renta de dicho capital se desprende únicamente de la idoneidad de quien lo posee. El éxito y el fracaso dejan de ser fenómenos sociales para convertirse en atributos individuales, legitimando la desigualdad bajo el supuesto de que cada uno obtiene lo que se merece. El principio de la meritocracia es la base sobre la que se sustenta la competencia del sistema capitalista neoliberal actual.

En síntesis, los análisis de Foucault permiten comprender al neoliberalismo, como algo más que un conjunto de políticas económicas o una ideología doctrinaria: se trata de una racionalidad que se propaga mediante técnicas de gobierno que operan no sólo a través de la coerción, sino también a través de la libertad, produciendo sujetos que se autogobiernan según los principios de la competencia y eficiencia. Es por ello que su análisis ofrece un punto de partida para seguir desarrollando el efecto subjetivador del neoliberalismo. De allí

¹⁸ Foucault enfatiza en que esta reintroducción se dio principalmente en el neoliberalismo norteamericano a través de la teoría del capital humano desarrollada por la Escuela de Chicago, especialmente en los trabajos de Gary Becker y Theodore Schultz.

¹⁹ Por *homo economicus* nos referimos al sujeto económico, un agente racional que busca maximizar su beneficio, optimizando la relación ganancia/pérdida.

que diversos autores contemporáneos amplíen su mirada, mostrando la consolidación del mismo como razón estructurante del mundo.

2. *La generalización del principio de competencia*

Foucault observa que el neoliberalismo desplaza el principio mediante el cual se regía el mercado por uno nuevo, lo cual implica también una nueva manera de concebir el sujeto económico. A diferencia de los economistas clásicos que hablaban del intercambio, en el neoliberalismo prima la competencia. Siguiendo con la idea de la extensión de la lógica del mercado a todos los órdenes de la vida, se normalizan las esferas de la existencia bajo este principio, instalándose también la competitividad como principio general del gobierno. Bajo esta perspectiva, Dardot y Laval (2013), señalan que este nuevo modo de gobierno de los hombres se puede definir por el conjunto de discursos, prácticas y dispositivos que combinan la rehabilitación de la intervención pública con una concepción del mercado centrada en la competencia.

Esta lógica estructura también las relaciones entre Estados, que compiten por atraer capital mediante políticas de austeridad y desregulación. La forma más acabada de este fenómeno tiene su expresión en lo que Quinn Slobodian ha conceptualizado como *zonas*: “enclaves desgajados de una nación y liberados del marco regulatorio nacional” (Slobodian, 2023, p. 14). Son espacios, no necesariamente geográficos, que se encuentran dentro de un territorio determinado, pero desligados del control del Estado, y por lo tanto, son ajenos al control democrático. Pueden adoptar múltiples formas: paraísos fiscales, zonas desreguladas, distritos de baja o libre fiscalidad, puertos francos, parques tecnológicos donde no aplican las mismas regulaciones laborales que en el resto del territorio, hubs de innovación, etc. (Slobodian, 2023)²⁰. En síntesis, las *zonas* constituyen la expresión más evidente de la utopía liberal de escapar a la acción del Estado, constituyéndose en un elemento central del “*capitalismo de la fragmentación*” (Slobodian, 2023, p. 22).

A su vez, las *zonas* actúan como modelos disciplinadores para los Estados que, si quieren atraer inversiones deben competir entre sí; generando nuevos espacios secesionados

²⁰ Cuando hablamos de espacios que pueden no ser geográficos, nos referimos a que las *zonas* también pueden adoptar la forma de regímenes jurídicos o fiscales especiales. En estos casos, la excepción no se produce por una demarcación territorial, como puede ser una zona franca dentro de un Estado, sino por la creación de marcos normativos diferenciados dentro de un mismo espacio nacional. El Régimen de Incentivos a las Grandes Inversiones (RIGI) en Argentina, es un ejemplo reciente de este tipo de instrumento: un enclave regulatorio donde el capital puede operar bajo reglas fiscales distintas a las del resto del territorio nacional.

donde los capitales pueden imponer sus propias reglas. Según los datos que señala Slobodian (2023), el hecho de que en el mundo existan alrededor de 200 países y más de 5400 zonas, demuestra que este proceso está muy instalado, constituyendo un capitalismo fragmentario donde la soberanía pasa de manos de la ciudadanía a manos del capital, expresando la separación creciente entre los ideales de la libertad económica y la democracia política.

Esta dinámica no se distribuye de manera uniforme en todo el mundo. Aunque los principales promotores de las *zonas* se encuentran en Europa y Estados Unidos, sus territorios no poseen ni el 10% de las *zonas* a nivel mundial. La mayoría de ellas se encuentran en los continentes más pobres -África, Asia y América Latina-, manifestando el carácter desigual que promueve esta dinámica competitiva (Slobodian, 2023).

El fenómeno de secesión que describe Slobodian (2023), se manifiesta tanto entre los Estados como al interior de la sociedad. En esta dimensión, se expresa en pequeños actos de rechazo a participar del colectivo, a la autoexclusión voluntaria, que deriva en agujeros en el tejido social. Una manifestación muy clara de este fenómeno es el aumento, en todo el mundo, de las urbanizaciones privadas con acceso restringido -dentro de las cuales encontramos escuelas, comercios, espacios de ocio-, creando una especie de “gobiernos privados en miniatura” (Slobodian, 2023, p. 17).²¹

A su vez, la competencia también hace mella entre los individuos en tanto empresarios de sí mismos, dispuestos a competir y buscando ventaja de cualquier tipo de relación. El otro deja de ser un igual con el cual cooperar para convertirse en un rival potencial. Esta transformación conlleva un cambio cultural profundo: la solidaridad es reemplazada por la competencia y la cooperación por el auto-rendimiento. En este sentido, el neoliberalismo triunfa en su capacidad para producir no sólo instituciones sino sujetos adaptados a su lógica, moldeando las formas de vida. Esta es la forma más lograda de subjetivación capitalista (Dardot & Laval, 2013).

Resulta paradójico rescatar la visión de Wilhelm Röpke, uno de los principales padres del ordoliberalismo, quien veía tempranamente el problema de organizar la sociedad bajo “un principio más disolvente que unificador” (Röpke, 1945, p. 236), como es el de la competencia. Bajo esta premisa, el ordoliberalismo sostenía la necesidad de un Estado capaz

²¹ Podríamos nombrar múltiples manifestaciones de este fenómeno: cuando un individuo traslada su residencia fiscal a otro país para reducir su carga impositiva, cuando la moneda de curso legal es desplazada frente a las criptomonedas, cuando las familias abandonan la educación pública en favor de instituciones privadas, cuando empresas guardan sus beneficios en algún paraíso fiscal. Todas estas expresiones constituyen, en términos de Slobodian, victorias para las zonas, agujeros en el colectivo.

de situarse por encima de distintos grupos rivales, asegurando el marco político y moral para garantizar la cooperación entre los hombres dentro de una comunidad no desintegrada (Röpke, 1945). En este mismo sentido, Dardot y Laval (2019), señalan que la conversión de la sociedad en un orden de la competencia que sólo conoce de capitales humanos en lucha unos con otros, socava las bases mismas de la vida social y política moderna.

Como veremos en los análisis propuestos por Wendy Brown, esta lógica competitiva no sólo estructura las relaciones económicas, sociales y subjetivas, sino que redefine los fundamentos mismos de la ciudadanía democrática.

3. *La reconfiguración neoliberal de los principios democráticos*

Wendy Brown retoma las lecciones de Foucault para analizar las consecuencias políticas de la racionalidad neoliberal, buscando profundizar en el efecto que la misma tiene sobre la ciudadanía y el autogobierno. No obstante, Brown buscará ahondar en cuestiones que no vemos profundizadas en los análisis que tempranamente elabora Foucault. Por este motivo, retomar sus lecturas nos permitirá poner el foco específicamente en las consecuencias que esta forma particular de razón genera, sus implicaciones democráticas y su dimensión destructiva de lo político. Partimos para ello de la hipótesis principal que se manifiesta en el “*El pueblo sin atributos*”: la razón neoliberal “está anulando los elementos básicos de la democracia” (Brown, 2017, p 17).

En este libro, Brown parte también de entender al neoliberalismo como una racionalidad rectora ampliamente diseminada en los órdenes de la vida humana. Con esto no refiere a la extensión de la monetización a diversas esferas sino a cómo el ser humano se configura como *homo economicus* (aquel sujeto preocupado por maximizar su beneficio) incluso en esferas en donde no media el dinero (Brown, 2017). Ya en este mismo sentido Foucault (2022), había advertido cómo la vida misma del individuo -incluidas sus relaciones personales, su propiedad, su jubilación, etc.-, se convertía en una empresa múltiple y permanente, multiplicando el modelo económico para hacer de él la única forma de relación entre el individuo y su entorno²².

²² Un discurso muy extendido en nuestro tiempo nos señala la importancia de rodearse de personas exitosas para atraer el éxito. Las relaciones que no “sumen” en este sentido debe ser revisada en pos de mejorar el valor de uno mismo. Es la exacerbación extrema de cómo se configuran decisiones mediadas por aumentar el propio capital humano, llevado a la una relación humana como la amistad o el amor, esferas que a priori deberían estar mediadas por los afectos.

Cabe preguntarse entonces, cuáles son las consecuencias puntuales que esta nueva configuración trae aparejada en la esfera política, donde el comportamiento humano, moldeado por la subjetividad neoliberal, se configura como *homo economicus* y destrona al *homo politicus*, aquel sujeto que se gobierna a sí mismo a través de la autonomía moral y gobierna con otros en tanto participa de lo común. Esta mutación implica, principalmente, el fin del sujeto democrático, entendido como el soberano de sí mismo y aquel que prioriza los bienes comunes por sobre los intereses individuales. El significado y la práctica de las preocupaciones democráticas de igualdad, libertad y soberanía pasan de un registro político a uno económico (Brown, 2017).

Para explicar esto es necesario retomar la noción de capital humano desarrollado por Foucault, el cual deviene en capital humano financiarizado, según señala Brown. Es decir, un sujeto obsesionado con su valorización constante (crédito, reputación, followers), donde cada acción tiene como finalidad una estrategia de autoinversión para aumentar dicho capital (Benente, 2024). Esto supone un cambio en el comportamiento de los agentes -producto de subjetividades cada vez más individualistas- que orientan sus acciones hacia fines individuales en pos de agrandar su capital humano, perdiendo centralidad las cuestiones que hacen al conjunto.

Con respecto a la noción de libertad se da un desplazamiento que modifica sus fundamentos tanto en el individuo como en el Estado. La libertad entendida como autogobierno no se expresa más en el ciudadano, moralmente autónomo, en igualdad de condiciones de sus pares, quienes eligen los medios para alcanzar sus fines. Esta libertad, concebida de mínimo como autogobierno y de forma más robusta como la participación del demos en el gobierno, era fundamental para la legitimidad política, ya que cuando la libertad se repliega en la esfera económica, la soberanía pierde su orientación hacia lo público, a la vez que cambia el significado del autodomínio (Brown, 2017).

Siguiendo con el análisis que plantea Brown (2017), en tanto empresario autónomo, el individuo es libre en la esfera económica, donde es dueño de sí mismo y responsable por las decisiones que toma y las consecuencias que las mismas producen. Sin embargo, el sometimiento a la lógica mercantil socava la autonomía individual: el yo deviene capital en el cual invertir en función de la maximización de su ganancia. En cuanto capitales humanos, sería suicida no someternos a los parámetros de éxito en un mundo de escasez y desigualdad. Por lo que, Brown (2017), señala que la libertad que propone el neoliberalismo se configura como una alienación del sujeto en donde sus deseos o aspiraciones se configuran en función de las necesidades del mercado. Por lo tanto, es una libertad que no emancipa, se desliga de

cualquier asociación con lo propiamente humano, con el dominio de las condiciones de vida, la libertad de existencia o asegurar el gobierno del demos. Por el contrario, es una “libertad” que liga al sujeto a su propio rendimiento, atribuyéndole la responsabilidad exclusiva de su éxito o fracaso en un campo de competencia altamente desigual, productor de ganadores y perdedores (Brown, 2017).

La individualización extrema que plantea que el sujeto es el único artífice de su propio destino perjudica las bases democráticas en tanto esta requiere ciudadanos que reconozcan un valor intrínseco en la participación política. Un sujeto que concibe la libertad como autogobierno recupera la dimensión política de la existencia, donde su acción está regida por la lógica de la participación y la construcción de un destino común. Esto implica un sujeto dispuesto a generar una armonía entre la libertad individual y la libertad común, en tanto se sabe parte de la sociedad y por ende portador de una responsabilidad compartida.

Estas configuraciones afectan no sólo a los individuos sino también al Estado, que ahora debe comportarse como una empresa, en tanto sus fines se orientan a la competitividad, la calificación de acciones y la atracción de capitales e inversiones. Buscando siempre ganar legitimidad en su accionar, no ya por parte de los ciudadanos, sino de los mercados. Como explicamos en el apartado anterior, el Estado reconfigura sus instituciones y sus funciones bajo la lógica de legitimarse en el sistema mundial de competencia, ser apto en función de las necesidades que tienen los grandes capitales de inversión. A la vez que

Cuando la legitimidad y las tareas del Estado quedan vinculadas al crecimiento económico y la competitividad global, los otros fines que podría perseguir el Estado como la justicia o el desarrollo social retroceden y se buscan sólo en tanto contribuyan a los primeros (Brown, 2015). En este sentido, así como las grandes empresas modernas, el Estado neoliberal persigue la “responsabilidad social”, en ambos casos como medio para acrecentar el capital humano en pos de la productividad y el desempeño. Esta lógica se expresa con claridad en el caso argentino. Cuando asume el gobierno de Javier Milei, una de las primeras reestructuraciones institucionales que llevó a cabo consistió en fusionar las áreas de Trabajo, Empleo y Seguridad Social; Educación; y Niñez, Adolescencia y Familia en un nuevo Ministerio de Capital Humano. Esta nueva jerarquía de las preocupaciones y valores que atraviesan el Estado se manifestó también con los rescates financieros que se hicieron tras la crisis de 2008, donde la reacción de las principales potencias estuvo puesta en rescatar a las grandes entidades financieras²³. Bajo esta misma lógica operaron los rescates financieros de la

²³ Como mencionamos anteriormente, esta cuestión tuvo grandes repercusiones para las poblaciones afectadas y el sistema político en general. Producto de cómo operaron los Estados para

Unión Europea en el sur de Europa entre 2010-2015, donde se buscó evitar el incumplimiento del pago de la deuda y la devaluación monetaria a costa del bienestar de la ciudadanía, imponiendo políticas de austeridad y reformas estructurales.

A su vez, Brown (2017), señala que la relación del Estado con el ciudadano también se modifica porque si este era el elemento constitutivo de la ciudadanía, portador de derechos y de una responsabilidad cívica; como capital humano puede contribuir o no a la economía, por lo tanto, puede convertirse más en un obstáculo que en un elemento sustancial de la misma. Es por ello que el *homo economicus* no recibe garantía alguna de vida, puede convertirse en descarte en tanto no produzca funcionalmente a un sistema que tiene por lógica funcional discriminar entre ganadores y perdedores.

Las consecuencias que observa Brown de la capilarización de este tipo de racionalidad es que reduce la vida pública -y la democracia- sin matar la política sino reconfigurando sus dimensiones:

Una vez más, conforme cada término se reubica en la economía y se transforma en un dialecto económico, la inclusión se transforma en competencia, la igualdad en desigualdad, la libertad en mercados no regulados y la soberanía popular se vuelve imposible de localizar. Allí, comprimido en una fórmula, está el medio a través del que la racionalidad neoliberal vacía tanto la razón liberal democrática como el imaginario democrático que la excedería. (Brown, 2017, “La Destrucción de la Democracia”)

4. *El ataque a lo social y la erosión de lo común*

El ascenso de las políticas antidemocráticas es impulsado mediante ataques contra la sociedad, la legitimidad y la práctica de la vida política democrática. Esta es la tesis central que sostiene Wendy Brown en *Las ruinas del Neoliberalismo*, y de la cual partiremos para demostrar cómo dicho ataque se encuentra habilitado por la racionalidad neoliberal.

Brown (2019), entiende la sociedad como “el lugar donde experimentamos un destino común [...] donde los ciudadanos de extracciones y recursos enormemente desiguales se pueden juntar y pensarse” y por lo tanto, donde “las desigualdades históricamente producidas se vuelven manifiestas [...] y pueden ser parcialmente compensadas” (Brown, 2019, p. 43). Lo social nos encuentra reunidos representando algo más que individualidades, por eso no

sortear las consecuencias de la crisis, los gobiernos terminaron asumiendo gran parte de la responsabilidad por los efectos que la misma produjo.

sorprende que sea en nombre del individuo libre y responsable de sí que se configuran las bases para un ataque sostenido a la misma.

Como mencionamos anteriormente, el neoliberalismo defiende la desigualdad como un principio estructural del orden social, ya que es el medio y la relación para que los capitales compitan: la competencia entre capitales requiere diferencias que la motoricen. Además, el neoliberalismo entiende las desigualdades económicas y sociales como derivaciones naturales de los intercambios libres, en tanto son expresión de los méritos y las capacidades individuales (Dardot & Laval, 2019). En este sentido, Hayek sostenía que los resultados del mercado no pueden evaluarse como justos o injustos, ya que la justicia no puede predicarse de los efectos impersonalizados del orden espontáneo del mercado (Hayek, 1988). Por ello, las desigualdades son inevitables y no deben ser corregidas, dado que toda política orientada a reducir las brechas sociales es percibida como una distorsión del orden espontáneo del mercado y una amenaza al libre despliegue individual.

Cuando la igualdad deja de ser la relación natural entre los hombres, al ser reemplazada por su opuesto, deja de ser también fundamento de la democracia. Ya que, tanto en la legislación, la jurisprudencia y el imaginario popular, la desigualdad se convierte en algo no sólo normal sino normativo. Una democracia compuesta de capital humano tiene ganadores y perdedores, no un trato igual o una protección igualitaria de sus miembros (Brown, 2017).

Si la creencia en la sociedad -entendida como el espacio dónde las exclusiones son vividas y pueden ser potencialmente corregidas, haciendo posible la justicia social- impide el libre desarrollo que configuran los mercados, entonces la misma debe ser desmantelada (Brown, 2019). El proyecto neoliberal persigue este fin, eliminando los espacios colectivos desde los cuales podría cuestionarse y reducirse la realidad a una suma de individuos responsables de su destino. De esta forma, las desigualdades se despolitizan y se reinterpretan como resultado de factores naturales -la biología, la genética, la herencia, etc.- antes que como producto de relaciones de poder.

Esta forma de entender la cuestión de la desigualdad deslegitima cualquier preocupación por la igualdad por fuera de su forma abstracta/legal. A la vez que permite desmantelar lo social, entendido como “espacio donde la igualdad política, esencial para la democracia, se hace o se deshace” (Brown, 2019, p. 58). Paralelamente, cuando la idea de que la “sociedad no existe” se vuelve sentido común, el ejercicio de la libertad no conoce de límites por el contexto social o sus consecuencias (Brown, 2019). Los lazos sociales se quiebran y lo que prima es una exacerbación de los intereses individuales, desligados de las

condiciones que los rodean. “La libertad sin sociedad destruye el léxico por el cual la libertad se hace democrática, unida a la conciencia social y anidada a la igualdad política” (Brown, 2019, p. 60), demostrando ningún tipo de preocupación por la construcción de lo común y preparando el terreno para que las fuerzas antidemocráticas se legitimen.

Este proceso de dismantelamiento de lo social encuentra su correlato en la despolitización sistémica que impulsa la racionalidad neoliberal. Sin limitarse a erosionar los lazos colectivos y redefinir la libertad, el neoliberalismo busca destronar la política como “teatro de deliberaciones, poderes, acciones y valores donde la existencia común es pensada, formada y gobernada” (Brown, 2019, p. 72).

Como muchos apuntan, lo político, a diferencia de la política, no se identifica con el Estado ni se reduce a instituciones, sino que tiene que ver con las formas contingentes de deliberación y expresión que configuran la vida en común y en este sentido “lo que sostiene la posibilidad de la democracia, entendida como gobierno del pueblo” (Brown, 2019, p. 73). El poder político constituye una amenaza para el orden de mercado, porque deja a consideración de la mayoría cuestiones que para los neoliberales no deberían ser objeto de debate. Desde esta perspectiva, el neoliberalismo “apunta a limitar y contener lo político, separándolo de la soberanía, eliminando su forma democrática” (Brown, 2019, p. 72). Es decir, alejar la deliberación conjunta de la toma de decisiones en el poder. El neoliberalismo busca sostener al Estado, pero no como poder soberano sino como una especie de fachada subordinada a la racionalidad económica que lo coloca al servicio de la competencia y el capital. Para ello, lo político debe ser desplazado a manos de la política, que, por otro lado, queda relegada a una función puramente técnico-administrativa, orientada a garantizar los requerimientos del mercado y la seguridad de las inversiones. “El Estado neoliberal tenía que ser austero, no soberano, con visión láser, aislado de los intereses creados, compromisos pluralistas, y las demandas de las masas” (Brown, 2019, p. 81).

Esto genera una separación cada vez más marcada entre los ciudadanos y aquellos que detentan el poder político, promoviendo el alejamiento de la ciudadanía de sus propios representantes y ahondando en la grieta entre la élite gobernante y los gobernados. Como explica Brown (2017), que persista la política en medio de la destrucción de la vida pública y en combinación con la mercantilización de la esfera política, son parte de las razones que vuelven a la política contemporánea tan poco atractiva. El aumento de la desconfianza hacia los partidos tradicionales y las instituciones se traslada al propio sistema democrático (Forti, 2021), preparando el terreno para la emergencia de fuerzas antidemocráticas.

Es en este marco que tiene lugar el avance de las derechas radicales contemporáneas, el cual se explica entre otras cuestiones, porque impugnan el funcionamiento de la democracia actual. Se abre el espacio para la emergencia de líderes fuertes, que se presentan como outsiders y proponen formas democráticas sin mediaciones. Lejos de combatir las injusticias que denuncian, estos líderes buscan autocratizar la forma de gobierno, en detrimento de las instituciones mediadoras, como los partidos políticos, los sindicatos o el propio parlamento; generando grandes consecuencias. Por un lado, pierden poder las herramientas que permiten a las minorías reclamar justicia, reconocimiento y protección. Por el otro, estas estructuras de representación son las que permiten canalizar de forma democrática las demandas sociales, acercando los reclamos sociales al poder político. El desprestigio y la pérdida de poder de las mismas, deviene en la imposibilidad colectiva de expresar dichas frustraciones en acción conjunta, generando más frustración e indignación contra el sistema político en general. La única forma de transformar dicha indignación en fuerza social es a través de la política señala Dubet (2020), ya que esta da la presunción de que hay un orden que se puede modificar mediante la acción: sin espacio para canalizar esa acción, “sin programa político, la indignación corre riesgo de soldar la alianza con el neoliberalismo y la democracia radical sobre las ruinas de los partidos políticos y sindicatos” (p.97).

Una clara manifestación de la desdemocratización social es la pérdida de interés de la ciudadanía respecto de las decisiones de poder. Esta despoltización se evidencia en la baja en los porcentajes de personas que acuden a las urnas en comparación con décadas anteriores: siguiendo los análisis de IDEA Internacional, la participación electoral mundial cayó 10 puntos porcentuales entre 2008 y 2023²⁴.

La despoltización constituye la culminación del proceso subjetivo y social que fuimos describiendo. Si el neoliberalismo produce individuos aislados, competitivos y responsables de sí mismos, quienes privilegian la libertad en tanto autonomía privada, desresponsabilizada, se desmantela poco a poco la idea de sociedad como espacio de lo común y pierde sentido una concepción de libertad en tanto autonomía de vivir con otros bajo las reglas que nos damos en igualdad. El paso siguiente es la extinción de lo político como lugar de encuentro y disputa colectiva, en tanto las formas de expresión y deliberación colectiva carecen de sentido. La racionalidad neoliberal no sólo vacía las propias instituciones democráticas

²⁴ El Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral es una organización intergubernamental que investiga los procesos democráticos en todo el mundo. Para esto, genera sus propios índices a partir de la obtención de datos que realiza el proyecto Variedades de Democracia (V-Dem).

lanzando una guerra contra los bienes públicos, sino también contra los imaginarios y lenguajes que hacen posible pensar la democracia (Brown, 2017).

5. *Neoliberalismo por abajo*

Que la racionalidad neoliberal haya logrado permear las sociedades no constituye una novedad en el siglo XXI. Como señalamos anteriormente, el éxito del neoliberalismo se explica por su capacidad para producir sujetos adaptados a su lógica, dado que las subjetividades constituyen la propia materia prima sobre la que actúa esta fuerza (Rolnik & Guattari, 2019).

El arraigo de esta visión del mundo provoca que muchas de sus dinámicas se reproduzcan incluso entre los actores sociales más afectados por el sistema, donde la lógica de la autoexplotación se encuentra profundamente incorporada. En este sentido, resulta pertinente recuperar los análisis de Verónica Gago para analizar la territorialización del neoliberalismo: bajo qué prácticas y reconfiguraciones este se ancló esta racionalidad en los territorios.

Para ello, retomaremos el concepto que propone la autora de *neoliberalismo por abajo*. A partir de este concepto, Gago (2014), busca efectuar una crítica al neoliberalismo que, partiendo de los análisis de gubernamentalidad foucaultianos, permita pensar la forma de expresión particular que adopta la subjetivación neoliberal en América Latina. En particular, le interesa estudiar cómo se expandió la racionalidad neoliberal, pero, mutando en combinaciones novedosas con otras racionalidades y vinculándose con dinámicas sociales propias de las clases populares.

El concepto de *neoliberalismo por abajo* describe el conjunto de “condiciones sobre las que opera una red de prácticas y saberes que asume el cálculo como matriz de subjetividad primordial” (Gago, 2014, p. 12), inscribiéndose en las clases populares y funcionando como motor de la economía popular. En este sentido, la autoexplotación se enraiza en la producción de subjetividades que son forzadas a la precariedad, pero que, al mismo tiempo, batallan por prosperar en condiciones estructurales de despojo.

En este marco es que surgen los sectores informales de la economía, como respuesta a las consecuentes crisis y cambios del capitalismo en el mundo del trabajo. En Argentina, particularmente luego del 2001, la economía popular emergió como respuesta a la precariedad del modelo, y se afianzó como una “pragmática vitalista” (Gago, 2021, p. 12). Es decir, una forma experiencial -no sólo discursiva- de apropiarse de la lógica neoliberal para sobrevivir a

la propia precariedad que el neoliberalismo propone. La empresarialidad popular es una conversión emprendedora de prácticas autogestivas, que surge obligada a hacerse cargo de condiciones que no le son garantizadas:

La desinversión del estado ha generado el espacio para interpelar a los actores sociales más empobrecidos bajo la ideología del microempresariado y del emprendedorismo, a la vez que son las políticas autogestivas las que ya subsanan las infraestructuras de reproducción con arreglos que hacen posible de la educación a la salud, del cuidado a la seguridad y el transporte, para las grandes mayorías. (Gago, 2021, p. 959)

Mediante el análisis de estos fenómenos, Gago (2014) busca evidenciar el rasgo polimórfico que tiene el neoliberalismo cuando se estudia su territorialización. Para ello, critica la formulación totalizante del sujeto neoliberal: la racionalidad neoliberal no produce réplicas exactas del *homo economicus* neoliberal. Por el contrario, la autora señala formas más complejas de subjetivación. El tipo de subjetividad que dinamiza las economías populares es más que una subjetivación puramente neoliberal. Ya que, se ancla en una voluntad de progreso que no se ajusta a los parámetros individualistas neoliberales. La reconfiguración que se produce en la gramática neoliberal, una vez adoptada por las clases populares, mixtura al inversor de sí con la puesta en juego de un capital comunitario, mediante tácticas populares de resolución de vida: las clases populares internalizan la lógica del cálculo, de la iniciativa y de la responsabilidad individual, pero la reconfiguran a partir de saberes comunitarios y autogestivos (Gago, 2014).

El emprendedurismo emerge como una forma de resistir la crisis del trabajo formal y asalariado (Gago, 2021). La economía informal es una clara expresión de la ambivalencia que se pretende evidenciar porque conjuga una respuesta desde abajo, autoorganizada, a los efectos desposesivos del neoliberalismo, donde convergen la explotación (trabajo informal, endeudamiento, precariedad), con una faz de intervención resistente: formas de organización comunitaria, cooperativa y de reproducción de la vida (heredadas o recreadas por las comunidades) (Gago, 2014). Si bien no es objeto de este trabajo, no podemos dejar de mencionar que Gago realiza toda una teorización en torno a la política de los gobernados. Es decir, estos no sólo son objetos pasivos de técnicas que los dirigen sino que también pueden articularse políticamente y generar procesos de negociación política.

6. *Despolitizar lo común*

A lo largo de todo el capítulo hemos analizado al neoliberalismo como algo más profundo que determinada ideología que logró instalarse en el poder. Más bien, lo señalamos como una forma específica de racionalización, una manera de ver el mundo. Esto nos permite marcar la potencia que tiene para conducirse en el terreno más íntimo, en las subjetividades mismas. Actuar impulsando determinado sentido común es una forma de legitimar silenciosamente un sistema de poder. Y en este terreno, el neoliberalismo fue muy efectivo: logró convertir al mercado en una entidad indiscutible, que rige tanto nuestras conductas individuales y sociales, así como también se convierte “la premisa de todas las políticas sociales y económicas de las Naciones desarrolladas, sean sus gobiernos de derecha o de izquierda” (Traverso, 2021, p. 149).

Al establecer la libre competencia como principio incuestionable y la empresa como modelo de subjetivación, la racionalidad neoliberal promueve una libertad individual que no emancipa, sino que repliega al sujeto a la esfera privada: despojándolo de su dimensión social y política. De esta forma, crea individuos atomizados, desprendidos de responsabilidad social, que destruyen la sociedad desde dentro mediante la renuncia a participar en el conjunto de responsabilidades compartidas (Sloboddian, 2023).

A su vez, al naturalizar las desigualdades, estas se despolitizan, ignorando las condiciones materiales y estructurales en las cuales se ejerce. Dicha despolitización, vacía de sentido la acción política y erosiona la potencia social de las instituciones destinadas a equilibrar las desigualdades. Como señala Brown (2019), el neoliberalismo busca producir un tipo de sociedad descreída de que la política pueda servir para transformar la realidad, individualizando los reclamos y haciendo que pierdan su fuerza transformadora.

En definitiva, la racionalidad neoliberal vacía la democracia al erosionar desde dentro los marcos, vínculos y lenguajes que la sostienen. Si la democracia se funda en la igualdad, ¿qué queda de ella cuando la desigualdad —principal fuente de la competencia— se convierte en el principio que marca la existencia? ¿Cómo es posible pensar la vida en común cuando se renuncia a toda responsabilidad compartida en nombre de una libertad que sólo entiende de individualidades, profundizando todo rechazo a las instituciones y formaciones de la vida colectiva?

COMENTARIOS FINALES

Como expusimos en la introducción, este trabajo parte de la lectura de distintos diagnósticos que caracterizan el proceso de erosión democrática actual. Si bien los mismos retoman cuestiones muy pertinentes para comprender el fenómeno, no dan un lugar central a la relación entre el sistema democrático y el capitalismo en su faceta neoliberal actual. En este marco, partimos de la hipótesis de que es el afianzamiento del modelo neoliberal lo que explica la erosión de las democracias contemporáneas. Para ello, insistimos en la necesidad de entender al neoliberalismo como un sistema de poder que se consolida a través de distintas dinámicas.

Por un lado, buscamos explicar cómo opera a nivel institucional. Analizamos cómo el neoliberalismo entiende la relación del Estado con el mercado y cuál es el lugar que le da a la democracia. Explicamos por qué la desigualdad es una parte fundamental de dicho proyecto y cómo se acrecentó desde que el neoliberalismo llegó al poder. En este sentido, la desigualdad que propone el modelo da lugar a distintos factores que erosionan la democracia. El primero surge de analizar si es compatible un modelo de acumulación excluyente con un modelo de representación inclusivo: cómo convive la democracia con regímenes altamente desiguales, donde la igualdad queda relegada a su forma abstracta/legal. Otro factor que explicamos, se relaciona con la pérdida de poder que tienen los Estados una vez implementadas las políticas neoliberales. Estas políticas achican la infraestructura estatal a través de las privatizaciones, y reducen los recursos del Estado mediante las desregulaciones y el aumento de la deuda. La contracara de este proceso es el aumento del capital concentrado y la consolidación del dominio corporativo de las decisiones institucionales, a costa de la pérdida de soberanía estatal. A la vez, se configura un cambio del sujeto legitimador de las políticas del Estado: queda desplazada la ciudadanía y su lugar es ocupado por el mercado, quien termina teniendo la última palabra sobre la conveniencia de las mismas. Esto impacta de manera significativa en la soberanía popular, ya que las decisiones se toman al margen de la ciudadanía, alejándola cada vez más de los procesos decisorios y aumentando el escepticismo hacia las instituciones; cuestiones que contribuyen a la erosión democrática.

A su vez, para entender la vigencia del neoliberalismo y su implicancia en la erosión democrática, fue sustancial retomar la idea de que este es más que estas prácticas políticas concretas. En este sentido, señalamos la importancia de analizarlo bajo la mirada foucaultiana, en tanto expansión de un determinado tipo de racionalidad cuyo sustento es la

lógica del mercado. Dicha racionalidad continúa vigente, ya que logró permear en las subjetividades y reproducir sujetos adaptados a su lógica (Dardot & Laval, 2013). Empresarios de sí mismos, que orientan sus acciones a partir de un único fin: aumentar su capital propio. Las orientaciones a los fines colectivos pierden potencia y la soberanía popular es limitada en nombre de la libertad individual: participar de lo común ya no es un valor, ni una condición de libertad.

En última instancia, analizar esta dimensión sirvió también para comprender que no basta un cambio de gobierno para terminar con el neoliberalismo, ya que este sobrevive en las prácticas, en los territorios y en las subjetividades (Gago, 2014). Discutir más allá de una definición simplista de neoliberalismo, permite entender también la aparición de ultraderechas que si bien adoptan retóricas antiglobalistas y recuperan discursos nacionalistas de oposición al libre mercado, no son contrarias al neoliberalismo, ya que no lo discuten:

Ni como proyecto político e intelectual, ni como programa de *governance* económica, ni como razón normativa, ni como modelo de producción y acumulación. Por el contrario, no hacen más que consolidar el sistema de poder neoliberal y su racionalidad económica como principal fuente de normas. (Sacchi, et al., 2022, p. 7)

Sumamos también que, al no ser una ideología, el neoliberalismo opera por izquierda y por derecha. Puede tener una fachada progresista y consensual cuando se alía con la democracia liberal o volverse reaccionario cuando es promovido por líderes más autoritarios o movimientos de ultraderecha. De una u otra forma el resultado es el mismo: crear individuos atomizados, desprendidos de responsabilidad social, que destruyen la sociedad desde dentro mediante la renuncia a participar en el conjunto de responsabilidades compartidas (Sloboddian, 2023).

Podemos asegurar entonces, el éxito de este sistema de poder. Basta con mirar cómo fue permeando distintas dimensiones de la existencia humana: la política, a partir de la conquista del poder²⁵; la económica, mediante el cambio de patrón de acumulación hacia un modelo financiarizado; la social a través de la individualización de las relaciones sociales a expensas de la solidaridad colectiva; la subjetiva, reproduciendo individuos empresarios de sí (Dardot & Laval, 2013).

En este sentido, retomamos la hipótesis inicial de este trabajo: no es el fracaso del neoliberalismo, sino su éxito, lo que explica la erosión de las democracias en la actualidad.

²⁵ Y agregamos, la despolitización de cuestiones sustanciales como la desigualdad.

Como sistema de poder que legitima y reproduce las desigualdades y debilita la soberanía popular, socava las bases de una democracia sustantiva. Lo que queda es una democracia formal, limitada a garantizar un mínimo control popular y elecciones competitivas, mientras se permite una amplia libertad para el despliegue de las fuerzas de mercado, relegando el componente igualitario, incluso por sobre los intereses colectivo.

Por último, cabe señalar que, aunque no fue objeto de este trabajo, muchos de los autores citados no solo critican el modelo neoliberal, sino que también proponen estrategias para desarticular sus prácticas y transformar las lógicas que moldean las subjetividades neoliberales. Retomamos la visión de Verónica Gago, quien insiste en las prácticas afectivas y comunitarias para construir un camino que permita desandar estas tramas, recreando el sujeto necesario para la democracia (Gago, 2014). En tanto la racionalidad económica siga operando como fuente normativa, el neoliberalismo seguirá existiendo; por eso es indispensable explorar formas contrarias de normatividad y subjetivación -centradas en los afectos, la solidaridad, la orientación por lo común- que permitan abrir la puerta a horizontes más igualitarios y emancipadores. La disputa por el futuro democrático es, ante todo, una disputa por las formas de vida y las subjetividades que la hacen posible.

REFERENCIAS

Adamovsky, E. (2023). *Del antiperonismo al individualismo autoritario: Ensayos e intervenciones (2015–2023)*. UNSAM Edita.

Benente, M. (2024). Neoliberalismo y democracia: Homo oeconomicus, homo politicus y la transformación del marco. *Prólogos*, 18, 12–33.

Bovero, M. (2023). Autocracia electiva. *Revista Jurídica de la Universidad de Palermo*, 21(1).

Brown, W. (2020). *En las ruinas del neoliberalismo: el ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Tinta Limón.

Brown, W. (2017). *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*. España: Malpaso.

Crouch, C. (2004). *Posdemocracia* (F. Beltrán, Trad.; 1.ª ed.). Taurus.

Congreso Futuro. (2020, 22 de junio). *Thomas Piketty: El capital en el siglo XXI | Congreso Futuro 2015* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=-1S7css3zbl>

Dahl, R. A. (1989). *La poliarquía: Participación y oposición*. Tecnos.

Del Tronco, J., & Monsiváis Carrillo, A. (2020). La erosión de la democracia. *Revista de Estudios Sociales*, (74), 2–16.

Dubet, F. (2020). *La época de las pasiones tristes*. Siglo XXI Editores.

Dardot, P., & Laval, C. (2019, 19 de julio). *Anatomía del nuevo neoliberalismo*. Viento Sur. <https://vientosur.info/anatomia-del-nuevo-neoliberalismo/>

Dardot, P., & Laval C. (2010). *La nouvelle raison du monde, Essai sur la société neoliberal*, París, La Découverte.

Diamond, L. (2020). Democratic regression in comparative perspective: scope, methods, and causes. *Democratization*, 28(1), 22–42. <https://doi.org/10.1080/13510347.2020.1807517>

Diamond, L. (2019). *Ill winds: Saving democracy from Russian rage, Chinese ambition, and American complacency*. Penguin Press.

- Duménil, G., & Lévy, D. (2011). *The crisis of neoliberalism*. Harvard University Press.
- Forti, S. (2021). *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Siglo XXI. España.
- Foucault, M. (2022). *El nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978-1979)* (M. Senellart, Ed.; H. Pons, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Foundation for Economic Education. (s.f.). About. <https://fee.org/about/>
- Gago, V. (2021). *Neoliberalismo y después: empresarialidad, autogestión y luchas por la reproducción social*. Contemporânea, 11(3), 957–970.
- Gago, V. (2014). *La razón neoliberal: Economías barrocas y pragmática popular* (1.ª ed.). Tinta Limón.
- Guattari, F., & Rolnik, S. (2019). *Micropolítica: Cartografías del deseo*. Tinta Limón Ediciones. (3.ª ed.).
- Guillén Romo, H. (2018). Los orígenes del neoliberalismo: del Coloquio Lippmann a la Sociedad del Mont-Pèlerin. *Economía UNAM*, 15(43), 381-408.
- Harvey, D. (2011). *The enigma of capital: And the crises of capitalism*. Oxford University Press.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo* (Vol. 49). Ediciones Akal.
- Hayek, F. A. (1988). *El espejismo de la justicia social*, en *Derecho, legislación y libertad*, vol. 2, II, Madrid, Unión Editorial.
- Hayek, F. A. (1978). *Camino de servidumbre*. Alianza Editorial.
- Hayek, F. A. (1960). *Los fundamentos de la libertad*.
- Iglesias, M. O., & Steinberg, F. (2016). *Causas del rechazo a la globalización: más allá de la desigualdad y la xenofobia*. Análisis del Real Instituto Elcano (ARI), 81, 1. <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/causas-del-rechazo-a-la-globalizacion-mas-alla-d-e-la-desigualdad-y-la-xenofobia-2/>

International IDEA. (2024, 17 de septiembre). Bajo amenaza la credibilidad de las elecciones en el mundo [Nota de prensa]. Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA).

Kulfas, M. (2025). *Producir en la nueva globalización* (1.a ed.). Siglo XXI.

Levitsky, S., & Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Ariel.

Lobato, M. (2014). Reseña de “*El capital en el siglo XXI*”, de Thomas Piketty. *Perifèria: Revista de recerca i formació en antropologia*, 19(2).

Morresi, S. (2008). *La nueva derecha argentina: La democracia sin política* (1.ª ed.). Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento & Biblioteca Nacional.

Morresi, S. (2012). *Neoliberalismo y desigualdad*. Escenarios, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Trabajo Social. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/197100>.

Mouffe, C. (2000). *La paradoja democrática*. Gedisa Editorial.

Mounk, Y. (2018). *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla*. Barcelona: Paidós.

Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Paidós.

Norris, P., & Inglehart, R. (2019). *Cultural Backlash and the Rise of Populism: Trump, Brexit, and Authoritarian Populism*. Cambridge University Press.

Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica.

Przeworski, A. (2022). *Las crisis de la democracia: ¿A dónde pueden llevarnos el desgaste institucional y la polarización?* (E. Odriozola, Trad.). Siglo XXI Editores.

Ramírez, H. (Ed.). (2013). *O neoliberalismo sul-americano em clave transnacional: Enraizamento, apogeu e crise* (Vol. 1). Oikos Editora / Editora Unisinos. <https://oikoseditora.com.br/files/EHILA1-ebook-O%20neoliberalismo.pdf>

Revelli, M. (2017). *Populismo 2.0*. Turín: Einaudi.

- Robinson, W. I. (2008). *Globalización, crisis y escenarios de futuro*. ECA Estudios Centroamericanos, 63(715-716), 331-344. <https://doi.org/10.51378/eca.v63i715-716.3541>
- Röpke, W. (1945). *La crise de notre temps*. La Bacconnière.
- Runciman, D. (2019). *Así termina la democracia*. Paidós.
- Sacchi, E., Expósito, J., Saidel, M., & Lo Valvo, E. (2022). *Ensamblajes neoliberales*. Red Editorial.
- Salinas Araya, A. (2016). Debates neoliberales en 1938: El Coloquio Lippmann. *Hermenéutica Intercultural. Revista de Filosofía*, (26), 57–91.
- Slobodian, Q. (2023). *El capitalismo de la fragmentación*. Paidós.
- Slobodian, Q. (2025). *Hayek's bastards: the neoliberal roots of the populist right*. Random House.
- Sociedad Mont Pèlerin. (n. f.). About. <https://montpelerin.org/about/>
- Stiglitz, J. E. (2017). *La globalización de nuestro malestar*. Project Syndicate.
- Stiglitz, J. E. (2010). *Caída libre: el libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*. Bogotá: Taurus.
- Tobón, A. (2015). *El capital en el siglo XXI, por Thomas Piketty* [Reseña]. *Lecturas de Economía*, 83, Medellín.
- Torrano, A. (2022). Epílogo. En D. Sacchi, M. Expósito, J. Saidel & V. Lo Valvo (Comps.), *Ensamblajes Neoliberales* (pp. 79–89). Red Editorial.
- Tovar, J. (2011). De la tercera ola al gran roll-back: Democratización y utopía en la Posguerra Fría. *Relaciones Internacionales*, (16), 205-213.
- Traverso, E. (2021). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.
- Trump, D. J. (2017, 20 de enero). Discurso inaugural [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=1CfW826c9XM>

Viotti, N. (2020). El individualismo autoritario. 7 Ensayos. Revista Latinoamericana de Sociología, Política y Cultura, 1(1), 101–114.
<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/7ensayos/article/view/578>